

ATENEEO

ORGANO DEL ATENEO DE EL SALVADOR

— Ubi Scientia, Ibi Patria —

Director y Redactor: JUAN FELIPE TORUÑO

Tercera época-No. 166

San Salvador, El Salvador, Abril, Mayo Junio de 1945

Año XXXII

De la Dirección

De la Guerra y por la Paz

Duro ha sido el calvario para las distintas actividades del ser humano en el lapso bélico. Las fuentes de vida se enturbiaron al estruendo demoledor y al ser ensangrentadas por la herida y muerte de tanta criatura. La guerra, por un lado, paralizó actividades que entraban a los servicios del ser en tiempos de paz y que le eran útiles para la lucha cotidiana. Elevó, igualmente, el medio adquisitivo y se duplicaron los esfuerzos para poder salir un poco adelante en el programa existencial. Por otro lado, esta guerra exacerbó los ánimos y los exasperó. Entre las luchas por llevar primacía se pusieron al servicio de ella las fuerzas de la inteligencia. Se rebasaron las facultades lógicas, se forzaron conocimientos y el ingenio humano espoleó intensamente los dominios del misterio: el laboratorio, la mecánica, todo, completamente todo, fue trabajado por el hombre para convertirlo en instrumento bélico. De tal modo que la guerra no parecía, dentro de un marco humano, sino que iba a los fondos demoníacos de una pesadilla del mundo.

En la guerra, los poderes estaban en lucha. Y tanto que los choques hacían estremecer la plataforma de la tierra. Porque no ha existido, dentro de los cuatro puntos cardinales, un lugar que no haya sentido los perjuicios de la guerra. Todos los hombres han sido damnificados. Todos los hogares han sentido, adentro, de cerca o de lejos, los dolores de la hecatombe.

El panorama ha sido tenebroso. Ha sido, decimos, poniéndolo en pasado, porque según lo que se aprecia, la guerra ha concluido. La guerra: es decir, la matanza, el exterminio; pero... ¿estamos exentos de consecuencias? ¿En realidad laboramos porque no se continúe, no se prosiga, no sea sólo un paro, para seguir adelante? Parece que la paz ha llegado. Esa paz que llena de tranquilidad a la vida, que es asiento oportuno para el desarro-

llo de actividades dentro de ámbitos calmos; que da lugar para que la muerte y la destrucción abran un paréntesis en la vida, a fin de que dentro de este paréntesis los hombres puedan compenetrarse de la misión que a cada uno le ha sido designada como fuerza humana y como depositario de una esencia divina para que haga uso de ella, con el bien.

Estamos, así, batallando ahora porque esa paz sea benéfica y no asiento que dé lugar a las fermentaciones de una nueva catástrofe, aunque si apreciamos dentro del marco de lo relativo y de lo que debe ser necesario para la evolución, nos encontramos con que, para muchos pueblos, estos sacudimientos son necesarios. Con ellos les saca de la indiferencia, les abre caminos para poder evolucionar, les sacude sus fuerzas inertes y dormidas, para que abandonen la modorra —que ellos sin duda llaman paz— y trabajen en el servicio posesitivo de lo humano en la evolución imprescindible: fuerza de ley natural.

La Guerra puso océanos de sangre en que se ahogaron estrepitosamente quienes creyeron llevar al mundo a colocarlo bajo sus dominios. La guerra, una vez más, ha cercenado el impulso de quienes, como de 1914 al 18, trataron de dominar por medio de las armas y de la imposición.

Hemos entrado a los cauces de la paz. ¿Sabremos hacer buen uso de ella y sabremos mantenerla?

Se ha luchado por el derecho a ser libres. Se ha luchado por la justicia. Se ha luchado por una vida mejor. Por ello, si esta justicia no se impone activamente, si los derechos no se obtienen y si esa vida mejor va a estar supeditada a dominios imposicionistas, nada habremos logrado. Ello significa que tenemos que luchar, dentro de esta paz, para que seamos verdaderamente libres, para que dispongamos de nuestros atributos sin temor del dominio del dinero, de la religión, del mando y del amo. Que la ley lo sea, en su gran dominio, justa, y que con ella desarrollemos nuestra obra practicando los principios de fraternidad y de solidaridad, para ver si logramos posesionarnos de esa vida mejor.



El Cincuentenario de la Muerte de José Martí y el Ateneo de El Salvador en su Homenaje.

La Universidad Autónoma de El Salvador, la Academia Salvadoreña de la Historia y el ATENEO DE EL SALVADOR, dispusieron rendir homenaje a la memoria del eximio Varón de América, quien, en su vida, se dió entero a las tres causas fundamentales de la humanidad: la libertad, la cultura y lo humano en basamento social.

El ATENEO DE EL SALVADOR, para ese acto, que se efectuó en el Paraninfo de la Universidad en la noche del 19 de mayo, nombró a uno de sus distinguidos miembros, al doctor Manuel Zúniga Idiáquez, para que en nombre de nuestra Institución, dijera su palabra plena de fervor americanista, de unción devota por el héroe y alta en la categoría del pensamiento.

A continuación publicamos la pieza del renombrado académico, la que ponemos a vistas del público lector que sabrá apreciar forma y fondo de un discurso dedicado a quien supo ofrendar su vida en la lucha por aquellas tres causas ya mencionadas.

MARTÍ, EL SANTO DE AMÉRICA, EN LA CULTURA Y LA LIBERTAD AMERICANAS.

(Discurso pronunciado por el Dr. Manuel Zúniga Idiáquez, a nombre del ATENEO DE EL SALVADOR).

Señor Ministro del Interior:
Señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia:
Señor Rector de la Universidad:
Honorable Señor Representante de la República de Cuba y demás Miembros del Cuerpo Diplomático y Consular:
Señor Presidente de la Academia de la Historia:
Señoras:
Señoritas:
SEÑORES:

las glorias más preciadas e indiscutibles de la Humanidad; y aunque jamás he solicitado, ni andado a caza de honores de ninguna especie, pensé que no me perdonaría a mí mismo el declinar oportunidad tan propicia, para abrir ante un público distinguido el santuario de mis ideas y sentimientos afines aunque de lejos con los ideales de aquel sublime redentor de pueblos a quien se le han aplicado en justicia los más relevantes atributos.

El ATENEO DE EL SALVADOR se ha dignado favorecerme con la inmerecida distinción de hablar en su nombre en esta festividad sagrada en que se rinde tributo de admiración y gratitud a una de

El mundo no ha esperado, no podía esperar el cincuentenario de su muerte para reconocer al Predestinado de la Gloria que fuera JOSÉ MARTÍ toda la grandeza incomparable de su múltiple y cada vez más excelsa personalidad; y por lo mismo

que son innúmeros los panegiristas que se han honrado analizando diferentes aspectos de su vida preclara, ejemplar y edificante en supremo grado, desde todo punto de vista, mal haría yo en venir con la palabrería insulsa de escritores improvisados, tribunos de baratillo, a endilgaros una mal armonizada sucesión de sonoridades huecas, de lirismos anacrónicos sobre todo cuando de estas efemérides se trata, entre el rumor de apoteosis del Continente Americano. El propio MARTÍ ha dicho: «¡De Bolívar debe hablarse teniendo una montaña como tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño o con la tiranía degollada a los pies!». Y parodiándole en cierto modo os diré yo que siendo esto imposible para mí, al hablar de Él, así, con mayúscula, nada podré hacer mejor que valerme de sus propias palabras y de las de aquellos entre los más eminentes que le han dado a conocer, fijándole con caracteres tan encendidos como indelebles en los fastos de la inmortalidad. Será a manera de un kaleidoscopio deslumbrador en que las comillas vigilantes y silenciosas evitarán el engorro de las citas.

Lo que voy a deciros esta noche, con vuestra venia, puede titularse así: «MARTÍ, EL SANTO DE AMÉRICA, EN LA CULTURA Y LA LIBERTAD AMERICANAS.»

Desde luego trataremos de decir algo de lo mucho que define su personalidad, agigantada por el devenir de los tiempos; pondremos de manifiesto su santidad, ensalzada de manera unánime por propios y extraños; en seguida su acendrada y vasta cultura, con proyecciones incalculables para el desarrollo espiritual de nuestros pueblos; y por último,

su concepto inconfundible de la Libertad y de la mejor manera de alcanzarla y mantenerla, sin poner límites de edad a los individuos, ni para abajo, ni para arriba, ya que él, siendo aún niño, se decidió a ofrecer su vida en holocausto de la emancipación cubana.

Todos sabemos que nació en la Habana, el 28 de Enero de 1.853, de padre español (valenciano) y madre venida de las Canarias.

«Su padre era funcionario del gobierno, sub-oficial del ejército, leal y bondadoso, aunque de carácter duro e intransigente; él demostró desde su infancia un temperamento efusivo, sentimental, más preocupado por los problemas políticos del País que por los placeres propios de su mocedad. ¿De dónde recibiría el pequeño José aquellas influencias separatistas que le encendían el alma en una fé patriótica tán poderosa? Sin duda en los bancos del colegio y de la Universidad; pero a los 17 años, por un pretexto cualquiera, fué condenado a trabajos forzados, en presidio y enviado más tarde a la Península.»

Él nos lo dice en la última carta dirigida a su madre: «... Yo sin cesar pienso en Ud. Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; ¿y por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.»

«¡Nadie podía haber previsto, en aquel adolescente que arrastraba una cadena, el adversario formidable que habría de contribuir con sus acciones y con su pensamiento a la pérdida de una colonia muy apreciada y a la creación de esa nueva na-

cionalidad de América.»

Sin embargo tiene que haber dado en qué pensar el hecho insólito de la rapidez con la cual coronara su carrera de Leyes, a pesar del destierro, no obstante el presidio, los trabajos forzados, la cadena al pie y la falta de recursos, suplida gracias a sus dotes excepcionales de Maestro de la niñez, aprovechadas por honorables familias en bien de sus hijos pequeños.

«Su ideología fue tan rebelde, moderna y osada que sus hechos le convirtieron en una adaptación actual de Prometeo entre los dioses. Fue el tipo perfecto del hombre íntegro y firme. Sus desdichas jamás consiguieron vencerle. Había claridad en su conducta, lo mismo que en su pensamiento y en su ideal. Luchó hasta morir por la dignidad humana, por el prestigio del Continente y por la libertad de su Patria. Eterno enamorado de la Belleza y de la Justicia, el contraste de la serena bondad que manaba de su corazón y de la fuerza inquebrantable de su carácter tenaz, era como si se nos ofreciese una flor en las garras de un león.»

«Figura peregrina y deslumbrante en que resplandecía la comprensión inteligente del civismo constructivo, de amor a la Libertad, de devoción por las democracias y de hostilidad incesante contra todas las formas rutinarias de pensamiento.»

«Lo que más sorprende en él no es el extraño designio del tiempo, cumplido a pesar de su origen, sino el hecho de que ni en los momentos más críticos y ardientes de la contienda se dejase mover por un sentimiento de odio hacia España, ni por una mezquina intención contra sus progenitores.»

«Más que una gloria de Cuba es

una gloria del Continente. Su nombre une a todas estas naciones, porque siempre tuvo en los labios y en la pluma la palabra dignificadora y de defensa de las democracias, víctimas de calumnias y desprecios lanzados por el desdén egoísta o por la ignorancia estulta.»

«Tribuno, poeta, educador, periodista, crítico: el pensador resultó ser superior al guerrero. Su vida y su obra son de una ponderación que no disminuye con el rodar de los tiempos,» sino al contrario.

Martí fue, sobreponiéndose a todas las demás facetas de su vida fecunda, el maestro de escuela ideal. Enseñaba deleitando, y aprender de sus labios era un gozo.»

«Dícese de este hombre que en el transcurso de su agitada existencia demostró siempre la claridad de su conducta, así como la viril integridad de su carácter.»

Martí fue todo, porque en su pequeño y nervioso cuerpo se encerraba una singular alma de hombre. El prócer sin tacha, el escritor idealista, el orador magnético, el maestro laborioso, han encontrado el eco de cien plumas apologeticas que vibran entusiasmadas al contacto de su obra.»

«El nombre de JOSÉ MARTÍ hace pensar en el errante peregrino de la libertad de Cuba, que selló con su sacrificio una vida consagrada a la independencia de la tierra que le vio nacer.»

«Considerado como el último libertador de América, quien no sólo concentró sus ideas y sus esfuerzos en la creación de la patria cubana, sino que, en un vuelo gentil de su fantasía, aprovechando las propias tristezas de su exilio, recorrió muchas de las Repúblicas de nuestro Continente y trabajó por que se co-

nociesen, por que se amasen y se sintieran identificadas en esa conjunción latina de «Nuestra América», como él llamaba a todos los pueblos, desde el Río Bravo hasta el Estrecho de Magallanes.»

«Nó, no hay vida más digna de admiración que la del patriota JOSÉ MARTÍ. Fue maestro que enseñó doctrinas de libertad, lecciones de concordia, ejemplos de dignidad moral. Y por su vida de abnegación y por su muerte, ha merecido que se sintetice su carrera en la palabra gloriosa que pone un limbo resplandeciente en torno de unos cuantos grandes nombres, en la que inmortaliza a los Prometeos clavados en su roca y a los Cristos clavados en su cruz, la palabra «sacrificio.»

Oigamos estas frases vertidas por sus labios como un reflejo de la santidad demostrada desde los comienzos de su existencia de verdadero predestinado: «Para mí la Patria nunca será un triunfo, sino una agonía y un deber... Si he de abandonar el mundo, mi único deseo sería unirme al último héroe, al último luchador. ¡Ha llegado la hora para mí.»

«La preclara bondad, la evangélica ternura y el criterio de justicia, distinguieron siempre sus campañas por la prensa y en la tribuna, lograron aún el concurso de muchos españoles y pudo romper sin estridencias el lazo político existente entre Cuba y España, templando para sustituirlo una corriente de unión más dulce y resistente, como fundada en el metal precioso de su amor, del que tan raros ejemplos existen en la Historia del Mundo.»

«Jamás se oyó un leve lamento, ni una sola queja contra lo acerbo de su propia suerte. Trabajaba con laboriosidad, sin jactancia ni vacilacio-

nes, y perseguía una idea fija, que lo llevaba de la choza del desvalido al alcázar del magnate, siempre sereno, risueño, amable, por más que su corazón estuviese lacerado de amargura.»

«En él el hombre vale más que el orador, el escritor y el patriota. Estos y todos los demás aspectos de su vida están iluminados por el esplendor que irradia de lo más íntimo de su persona, y es ese esplendor lo que da a sus actos y a sus palabras un sello de pureza y de perfección.»

Su afanoso batallar por la cultura corría parejas con sus más nobles inquietudes, llegando a adquirir una vasta ilustración y a poseer varios idiomas extensamente aprovechados en bien de los demás, mediante la traducción de diversos libros merecedores de tal distinción, según su propio criterio nada fácil de satisfacer por cierto.

«En París y Madrid se han publicado simultáneamente 15 volúmenes en los cuales se contiene su labor literaria dispersa en folletos, revistas y diarios». Cabe decir, buena parte, pues gran cantidad, sobre todo de sus inolvidables discursos y conferencias, se perdieron desafortunadamente, siendo así que en ellos era cuando mejor se manifestaba.»

Acarició el propósito de publicar una revista encaminada a estimular y propender a la educación de la niñez latinoamericana, pero apenas si alcanzó a lanzar a la luz cuatro números, que provocaron, como era de esperarse, una ola de inquietud continental, la admiración unánime de los pueblos de habla española. Esta fue «LA EDAD DE ORO,» reeditada cuidadosamente, en un volumen, por García Monge, mantenedor de la cultura literaria en San José de

Costa Rica, Director del «Repertorio Americano» y del famoso «Convivio.»

Hay algo que hasta hace poco ha venido a revelarse como dato cierto: que MARTÍ fue el autor de los inolvidables «Libros de Mantilla,» en los que hemos aprendido a leer tantos latinoamericanos, en múltiples generaciones. Nada de raro tendría que así hubiese sido; y si lo es, ¡qué mejor título para consagrarle apóstol de nuestra cultura popular!

Los que van a seguir son párrafos entresacados de su amplia y vibrante ideología, propia de uno de los más grandes precursores del movimiento renovador de la poesía castellana. Dicen así:

«Debemos escribir viviendo, con la expresión sincera del pensamiento libre y con el propósito constante de renovar la forma poética.» Hé aquí una hermosa página en que se comprueba su papel de vanguardia en el movimiento literario:

«Estos son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados. Mientras no pude encerrar íntegras mis visiones en una forma adecuada a ellas, dejé volar mis visiones: ¡oh, cuánto áureo amigo que ya nunca ha vuelto! Pero la poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Recortar versos también sé; pero no quiero. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que vá camino al cielo, y, al envainarla en el Sol, se rompe en alas.»

«Tajos son estos de mis propias

entrañas —mis guerreros—. Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, recompuesto de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida.»

«No zúrci de éste o de aquél, sino que saqué en mí mismo. Van escritos, no en tinta de academia, sino en mi propia sangre. Lo que aquí doy a ver lo he visto antes (yo lo he visto, yo) y he visto mucho más, que huyó sin darme tiempo a que copiara sus rasgos. De la extrañeza, singularidad, prisa, amontonamiento, arrebató de mis visiones, yo mismo tuve la culpa, que las he hecho surgir ante mí como las copio. De la copia soy yo el responsable. Hallé quebrados los vestidos, y otros no, y usé de estos colores. Ya sé que no són usados. Amo las sonoridades difíciles y la sinceridad, aunque pueda parecer brutal.»

Todo lo que han de decir, ya lo sé, y me lo tengo contestado. He querido ser leal, y si pequé, no me avergüenzo de haber pecado.» Hasta aquí la página; sigamos con los párrafos:

«En el mundo debe haber tanta cantidad de decoro y de dignidad como debe haber cierta cantidad de luz.»

«La luz más provechosa para una nación no es la que se concentra, sino la que se difunde.»

«Los medios de ilustración no deben amontonarse en las nubes, sino descender, como la lluvia que humedece los campos.»

«El hombre recogerá lo que siembran las escuelas.»

«No hay Occidente para el espíritu del hombre; ahora sólo existe el Norte coloreado de luz.»

«El niño, desde que piensa, debe pensar en todo lo que ve; debe pa-

decer por todos aquellos que no pueden vivir con honradez, debe trabajar para que puedan ser honrados todos los hombres y debe ser un hombre honrado.»

«El niño que no piensa en lo que sucede en derredor suyo y se contenta con «vivir», sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un desvergonzado y está en camino de ser otro desvergonzado.»

Por educación se ha llegado a entender la mera instrucción y la propaganda de la cultura, la lenta e imperfecta enseñanza de leer y escribir.»

«La educación suaviza más que la prosperidad; pero nó esa educación meramente teórica, de escasas letras, números etc. que dan escuelas demasiado celebradas, sino otra educación más sana y fecunda, no intentada aún por los hombres, la que revele a estos el secreto de sus pasiones, los elementos de sus males, la relación forzosa de los medios que habrán de curarlos, el tiempo y la naturaleza tradicional de los dolores que sufre, la obra negativa y reaccionaria de la ira y la obra segura de la paciencia inteligente.»

«El hombre que oculta lo que piensa o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado.»

«Conocer diversas literaturas es el mejor medio de libertarnos de la tiranía de alguna de ellas; así como no hay manera de librarnos del peligro de obedecer ciegamente a un sistema filosófico, si no es nutriéndose con todos los que existen. Las escuelas filosóficas, religiosas o literarias, estigmatizan a los hombres, como la librea al lacayo. Los hombres se dejan marcar, como los caballos y los toros y van por el mundo ostentando sus marcas.»

«Cuando todos los hombres sepan leer, todos los hombres sabrán votar; y así como la ignorancia es la garantía de los extravíos políticos, la conciencia propia y el orgullo de la independencia garantizan el buen ejercicio de la libertad.»

«Hay hombres que son peores que los animales, porque éstos precisan ser libres para ser felices: el elefante no quiere tener hijos cuando vive en cautiverio; la llama del Perú se echa por tierra y se deja morir cuando el indio le habla con dureza o le pone más cerca de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan digno como el elefante o como la llama.»

«Hay hombres que viven contentos aun cuando no vivan con dignidad; y otros que sufren agonías cuando ven que otros hombres, a su vez, viven sin dignidad.»

«Los hombres que tienen fe en sí mismos desdeñan a los que no la tienen. La fuerza de igualdad en el método acaba por hacer desaparecer la desigualdad en el tamaño. Adular al fuerte es empequeñecerse a sí mismo y el modo más certero de merecer la punta de sus pies de preferencia a la palma de sus manos.»

«Los jóvenes de América se arremangan la camisa, hunden las manos en la masa y la levantan como por el fermento de su propio sudor. Juzgan ellos que hacemos demasiadas imitaciones y que la salvación está en crear. CREAR es la palabra de «pase» de esta generación. ¿Y si el vino de banano sale acedo? ¡Nó importa! ¡Será nuestro vino!»

«El hombre que se resigna a obedecer a leyes injustas y permite que pisen el País donde nació aquellos que lo maltratan, no es un hombre honrado.»

«El hombre que obedece a un mal

gobierno sin trabajar para que ese gobierno sea bueno, no es hombre honrado.»

«Sólo puede faltarles el coraje a los que nacen a los siete meses.»

«La inteligencia humana, artística y aristocrática por esencia, recusa luego, sin vacilaciones, por poco que se la cultive, todas las reformas que contengan elementos brutales e injustos.»

«De todos los problemas que sobresalen actualmente en las capitales, uno es debecho el verdadero problema y de modo tñ formidable que fueran pocos todo el tiempo y el celo que se pusiesen para conjurarlo: la ignorancia de las clases que manejan la justicia.»

«En América existen dos pueblos, nada más que dos, de almas muy diversas por los orígenes, antecedentes y costumbres, aunque son semejantes por la identidad fundamental humana. De un lado está «Nuestra América», con todos sus pueblos que son de origen y de cuna parecidos o iguales, con la misma mezcla imperante; del otro lado está la América que no es «nuestra», cuya enemistad no es cuerdo; ni viable fomentarla y de la cual, con firme decoro y sagaz independencia, no es imposible y sí útil ser amigos.»

«La forma más segura y digna de obtener la amistad del pueblo norteamericano, consistirá en distinguirnos ante sus ojos en el cultivo de sus propias capacidades y virtudes.»

«Lo que queda de aldea en América ha de despertar.»

«Los pueblos que no se conocen todavía han de apresurarse a conocerse.»

«La Patria es la Humanidad; es la porción de Humanidad que vemos más próxima, donde nos cupiera en suerte nacer.»

«El problema de la independencia no era un cambio de forma, pero sí un cambio de espíritu. La colonia continúa viviendo en la república; mas «Nuestra América» se está salvando de sus grandes errores por la virtud superior, fertilizada por la sangre de la república que lucha contra la colonia.»

Hasta aquí la palabra encendida del Apóstol; veamos dos hermosos conceptos de ajena cosecha.

La propia propaganda del partido que debía iniciar la guerra separatista cubana, dice: «No nos animan odios ciegos contra «el español». No debemos olvidar que si son españoles los que nos sentenciaron a muerte, españoles fueron también los que nos dieron la vida.»

«El afán de unir a «Nuestra América», por mutuo conocimiento y por el mutuo afecto, se trasluce en sus trabajos llenos de fé: es un preceptor de americanismo cuya doctrina puede resumirse en estas palabras: «En *Nuestra América* hay mucho más sentido del que se cree.»

¡Plegue a Dios que el patriótico esfuerzo que hoy se realiza, bajo el signo de este Inmaculado Inmortal, logre al fin convertir en realidad el sueño secular de la Unión de Centro-América, para bien de la felicidad de nuestros pueblos y al amparo de las circunstancias que parecen favorecerla!

Dos secciones de Centro-América tuvieron la dicha de contarle entre los suyos, siquiera durante algún tiempo: Costa Rica y Guatemala. En esta última dejó huellas perdurables que hoy se estarán poniendo al día: la de su actuación brillantísima como Profesor de Derecho, que le captó de manera irresistible las simpatías, admiración y gratitud de todo el alumnado de la Universidad; como

Profesor y Mentor en la Escuela Normal de Varones, de la que era Director el notable Maestro Izaguirre, compatriota suyo; como protagonista de un amor imposible, tomado por amistad y que se convirtió en trágica pasión, eludida por él yéndose a México a cumplir compromiso matrimonial; y por último, de regreso en la Tierra del Quetzal, el gesto muy suyo de renunciar a todo cuando se dió cuenta de la injusticia de que había sido víctima su gran amigo Izaguirre.

Decide volver a Cuba, con la intención de dedicarse al ejercicio de su profesión de Abogado, cosa que no pudo realizar por serle tan obligatorio como imposible cumplir con el mandato de «prestar juramento al monarca». Burló la vigilancia de las autoridades y decidió exilarse a sí mismo. Pasó a Venezuela, en donde parecía estar esperándole el triunfo en todos sentidos; pero también tuvo que abandonar aquel escenario, por no someterse al criterio de tristes gobernantes, ni adaptarse a un ambiente de servil adulación. Lo abandona todo otra vez y se vuelve a los Estados Unidos de Norte América, en donde habrá de realizar, como siempre, la parodia del eximio patriota y alto representante Francés, cuando contestó:

—«¿Me preguntáis cuál es mi política exterior? ¡Hago la guerra! ¿Me preguntáis cuál es mi política interior? ¡Hago la guerra! ¿Me preguntáis cuál es mi política hacendaria? Y siempre ¡Hago la guerra!!!»

Él pudo muy bien decir:

—«¿Me preguntáis qué hago cuando pienso o medito? ¡Pienso y medito la manera de conquistar la libertad de Cuba!»

—«¿Me preguntáis qué hago cuando escribo? ¡Cultivo con vehemencia

problemas que se oponen o propenden a la libertad de Cuba!».

—«¿Me preguntáis lo que hago cuando hablo? ¡Trato de conquistar voluntades que cooperen o trabajen por la libertad de Cuba!».

—«¿Me preguntáis lo que hago cuando difundo luz entre quienes vienen a mí, hambrientos de saber y de Verdad? ¡Hago prosélitos que simpaticen y si fusre posible ayuden a la libertad de Cuba!».

—«¿Me preguntáis lo que hago cuando como? ¡Fortifico mi sér, para poder ofrendarlo con ventaja, al ver llegado el momento de pelear por la libertad de Cuba!».

—«¿Y me preguntáis, en fin, lo que hago cuando duermo? ¡Pues... rehacer mis energías para la lucha y soñar con la independencia de mi adorada Patria!».

Honduras no disfrutó de su animadora presencia. ¡Qué había de disfrutarla! Pero no cabe dudar que sí fue influenciada favorablemente por Él, a través de los destacados correligionarios cuyas labores formativas no se olvidan en la tierra cuna de Morazán: En la Revolución Liberal, que más que Liberal fue ciertamente Libertadora, porque cambió completamente la ideología y la estructura de la Nación; en aquella cruenta cruzada sostenida valerosamente de 1.892 a 1.894, se siente que actuó el luminoso espíritu de Martí, con la liberalidad de sus ideas regeneradoras, pues tuvo tanto de lo suyo que hasta nos hizo exclamar en época solemne: «¡El Partido Liberal constituye la selección natural de los mejores hijos de Honduras!» Y jamás dejaremos de sentir el agri-dulce de que por ella tuvimos que soportar las iniquidades de nuestro primer exilio voluntario.

«Pocas semanas después», dice el

Doctor Antonio Yraizoz, uno de sus fervientes panegiristas, cubano distinguido, «en funesto día de Mayo, en un combate sin importancia militar, el soldado bizoño que arremete en una carga, recibió una bala en la frente, cual si fuera el beso de su consagración; y al caer su cuerpo ensangrentado subió su nombre, nimbado de luz e inmortalizado por la gratitud de todo un pueblo, haciendo de la derrota del combatiente la más segura promesa de la victoria de sus propósitos.»

No puede, ni debe quedar olvidado el nombre del oficial español que comandaba la fuerza frente a la cual sucumbió MARTÍ: José Ximenes de Sandoval.

Aprovechó el paso accidental de una señora desconocida, para enviar este mensaje a los insurrectos: «Vuestro Martí está en mi poder, gravemente herido. Si sana, os lo devolveré; si desgraciadamente muere, yo me ocuparé de enterrarlo como merece.»

Hé aquí, además, párrafos de la carta con que envió al Museo Nacional de la Habana las reliquias que recogiera de MARTÍ:

«Por designio de la Providencia, aquel que mandaba las tropas cuyos proyectiles pusieron fin a su vida de privaciones, de trabajos y de sacrificios, fui yo; y —caso rarísimo y quizá único en la Historia—, quien pronunciara el discurso necrológico en el momento del entierro, siendo mi palabra en aquel momento intérprete fiel de mi justo sentir. Hube de ser muy lacónico, por razones de actualidad, por mi carácter militar y porque las ardientes pasiones están

muy excitadas. Al verme conocida su muerte, en el mismo campo de la acción, me causó una impresión de tristeza, pues de aquél que momentos antes era una prominente figura del pueblo cubano, no vi más que la materia inerte de un mártir de sus ideas, de un héroe de su causa, de un gran altruista, digno del respeto de sus semejantes. Llevar los odios hasta el extremo de no apiadarse de los muertos será norma de conducta de los pueblos incultos y de hombres sin nobleza. Los soldados españoles sabemos luchar, vencer o sufrir resignados la adversidad; pero llevar nuestros odios más allá de la muerte, eso, ¡nunca!»

Para cerrar con doble broche de oro, os voy a leer la síntesis del Doctor Santiago Argüello, una de las más altas mentalidades, uno de los espíritus más evolucionados de América:

«Y era de tal manera aquel corazón inmaculado, aquel grumo de cielo que el amor encendía, que pasó entre los malos sin un anatema para ellos y sin un pringue para él, como pasa el diamante cósmico de la exhalación por entre los odios de la noche, bendiciéndola con la luz y no manchándose con la sombra.»

Para concluir, os pido que repitamos con todo fervor la sentencia que se diría forjada en honor del genial glorificado de esta noche:

«¡EL TRIUNFO ES DE LOS QUE SE SACRIFICAN!»

San Salvador, 19 de Mayo de 1945.

Manuel Zúñiga Idiáquez.

Orígenes de San Salvador y sus Hombres

Por JORGE LARDE.

CAPITULO VI

(Concluye)

Sucesos de 1528 a 1531

V

«La ciudad de San Salvador, que en lengua de indios se llama Cuzcatlán, por un pueblecillo de indios que está cerca de él, en $92^{\circ}\frac{1}{2}$ de longitud del meridiano de Toledo y 13° de altura, cuarenta leguas de la ciudad de Santiago al Sureste, y veintidos de San Miguel al Noreste, y doce de la villa de la Trinidad (Sonsonate)».

Como se ve desde antes de 1575, ya estaba aquí San Salvador, cerca de Cuzcatlán y no en la Bermuda.

Pocos años después de que López de Velasco escribió lo dicho, se vino el terremoto de 1575, que redujo a ruinas dicha ciudad, la que vió así el auditor García de Palacio, que en su carta al Rey fecha de 8 de Marzo de 1576, dice que San Salvador estaba al pie del volcán, junto a Cuzcatlán, no lejos de Texacuangos, a la altura de $13^{\circ} 36''$, junto a un río y baños termales, etc., datos que sólo convienen al asiento actual, de modo que la traslación en 1575 de que informaron a Remesal no es la de la Bermuda a su actual asiento, sino de éste a otro lugar a causa del terremoto que la arruinó en ese año del

que habla Palacio, y cuyo texto no transcribo por ser muy conocido.

La traslación de 1575 fue a causa de un terremoto, así como otras muchas, y éste ha sido motivo para que se atribuya a un terremoto la traslación de 1539. Así, Montessus de Ballore, apoyándose en Scherzer, en su obra *Tremblement d' terre etc.*, dice así:

«1538 o 39.—San Salvador, arruinada por numerosos temblores de tierra, es trasladada de la Bermuda, en donde fué construída primitivamente según se cree en 1526, a su posición actual más expuesta a los temblores (Scherzer)».

Pero esa afirmación carece de todo fundamento, pues ni aún puede admitirse como hipótesis plausible, pues la Bermuda está fuera del área ruínosa de los terremotos de El Salvador y lejos al N. de los focos sísmicos, de modo que si tal cambio se hubiere operado por esa causa, la traslación habría sido al No., alejándose de la zona en que las sacudidas eran más intensas. Por otra parte, ningún cronista ni historiador ni antiguo ni moderno consigna ese dato.

El P. Vásquez en la citada crónica dice que «la razón que hubo para mudar la ciudad al paraje donde está, es que el sitio de la Bermuda, aunque es fuerte y de buen panino, es el clima muy tempestuoso, y lo fué más cuando estuvo allí poblada la villa.

De allí han tomado todos esa explicación —que es la corriente—, en la que la palabra «tempestuosa» ha sido entendida por abundancia de rayos, lo que ciertamente no es equivalente.

Lo cierto por el dicho Velásquez es que las lluvias y demás meteoros intervinieron como factores del abandono total del sitio de la Bermuda; mas no es creíble que hayan sido los únicos.

Los inviernos de 1539 y 1541 pueden haber sido muy copiosos y causado inundaciones y daños en la villa de la Bermuda; las tempestades pueden haber sido tan violentas que infundieron algún temor en la población, mas para que después de diez años resuelvan sus habitantes cambiar de asiento, esas causas no bastan y deben de existir factores económicos y políticos, y estos son, que sus habitantes, especialmente los 70 encomenderos, se habían trasladado cerca de Cuzcatlán, y las autoridades (formadas en parte de vecinos ya trasladados) tuvieron que seguir la misma suerte y resolver el regreso legal al primitivo asiento en el año de 1539, trasladándose el último resto después del gran temporal de septiembre de 1641.

CAPITULO VII

La Ciudad de San Salvador

I

Como se ha visto, rápido fue el progreso de la villa de San Salvador en su nuevo asiento, grande su actividad y su riqueza y a pesar de que muchos de sus vecinos se habían ido al Perú, a Guatemala y a México, sus edificios de madera, de cal, de ladrillo y de piedra revelaban su pujanza en la paz, así como la habían tenido en la guerra.

Carlos I de España y Carlos V de Alemania la distinguió en consecuencia, otorgándole el título de ciudad por la Real Cédula que a continuación transcribo:

«Don Carlos, por la divina clemencia, Emperador siempre augusto, Rey de Alemania: doña Joana su madre y el mismo don Carlos, por la misma gracia Reyes de Castilla, de

León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaem, de las Orgastes, de Algecira, de Gibraltar, de las Islas de Canarias, de las Indias, Islas y tierra firme del Mar Océano: Condes de Flandes e de Tirolas».

«Por cuanto somos informados que en la provincia de Cuzcatlán, hai un pueblo que llaman Villa de San Salvador, el cual diz que está en sitio y tierra fértil y abundoso, y donde acude mucha gente Españoles e Indios comarcanos, y de cat-mdo esto tepemos voluntad que dicho pueblo se ennoblezca, y otros pobladores se animen a ir a vivir a él, y

porque de hai noslo suplicaron por suxte al de Oliveros, y Hermand Méndez de sot mayor, es nuestra merced, y mandamos que agora e de aquí adelante se llame e intitule Cibdad, e que goze de las preminencias, prerogativa e inmunidades que puede y debe gozar por ser Cibdad, y encargamos, al Ilmo. Principe D. Felipe, nuestro muy caro y mui amado nieto e hijo, e mandamos a los Infantes, Duques, Prelados, Marqueses, Condes, Ricos omes, y maestros de las órdenes, Povres, Comendadores y Sub-comendadores, Alcaldes de los Castillos y casas fuertes y llanas, y a los de nuestro Consejo, Presidente e Oidores de las nuestras audiencias e a los de nuestra casa e Corte Real Cancillería, Alcaldes, Alguaciles, veinte o cuatro regidores, Caballeros, Escuderos Ofi-

ciales y omes buenos de todas las cibdades, villas y lugares ansi de estos mis Reinos e Señoríos como de las nuestras indias, Islas y tierra firme e Mar Océano, que guarden e cumplan e hagan guardar e cumplirlo en esta nuestra cédula contenida, y contra el tenor y forma de ellos no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar en manera alguna sopena de la nuestra merced, e de veinte mil maravedis para la nuestra Cámara».

«Dado en la Cibdad de Guadalupe, a los 27 días del mes de septiembre de 1545».

«Yo el Rei»

«Yo Joan de Cámaras Secretario de sus Cesáreas y católicas Majestades lo prevengo por mandato de su Alteza».

II

La ciudad de San Salvador fué visitada en 1549 por el doctor Tomás López, auditor de la Audiencia en los Confines, cuando salió de Gracias a Dios para establecerse en Guatemala, y el Licenciado quedó gratamente sorprendido de ver cómo la villa de San Salvador en sólo diez años se habían edificado y extendido hasta constituir una ciudad de buenos edificios de cal y canto, ladrillo y madera y enriquecido con árboles frutales traídos de Europa, un molino de trigo, un templo espléndido y gran actividad y mucha bondad de sus vecinos, aunque no de buenas costumbres, pues el cura no podía atender a tantos pueblos como comprendía la jurisdicción de la ciudad (todo lo que es hoy El Salvador, sin exclusión de los Izalcos).

En esa época la providencia de

los Izalcos y la de los Nonualcos producían grandes cantidades de cacao; la de Tepeahua, bálsamo, y algodón la de San Miguel Poshotlán, llevándose algunos de esos productos a Nueva España y aun al Perú, por el puerto de Acaxutla, en donde «hacía falta una nueva villa de españoles», pues los indios no querían cuidar de sus plantaciones de cacao «por no pagar tributo». Todas esas provincias o sub-provincias eran partes integrantes de la gran provincia que tenía por centro a la ciudad de San Salvador Cuzcatlán.

Con justicia, pues, se había otorgado a ésta el título de ciudad, y más tarde el privilegio de usar por escudo las armas reales.

En época anterior, después de su traslación de La Bermuda a su actual asiento, sucedieron en la pro-

vincia algunos acontecimientos que merecen aquí, si no una narración completa sí un recuerdo, y son los siguientes:

En 1539 hubo una gran sublevación de indios en Tejutla (Chalatenango) y en casi toda la provincia de San Miguel, incitados por el éxito de la resistencia de Lempira. El 27 de marzo de 1537, los indios en grandes masas «como hormigas», rodearon a San Miguel y mataron de cincuenta a sesenta españoles en diversos puntos de esa provincia. Al saberse en San Salvador la noticia, sonaron las campanas de la iglesia, los vecinos se reunieron y formaron un ejército que emprendió su marcha inmediatamente al mando de Antonio de Quintanilla; hubo un violento choque con los indios en las cercanías de Usulután y un sangriento combate a las orillas de San Miguel en el que deshicieron a los sitiadores, llegando muy a tiempo, pues ya los migueleños no tenían qué comer. Un mes después llegaron de Guatemala, Maldonado y Marroquín con más gente, con lo que se pudo restablecer la paz en la provincia de San Miguel, y después de una pequeña campaña a Tejutla y Potonico (por abril o mayo) la paz en la de San Salvador.

Los pueblos de Usulután que presentaron resistencia a dicho ejército, eran gente de guerra, valientes y ejercitados en el arte de matar: en 1529 lo habían demostrado por primera vez a las fuerzas españolas de Diego de Rojas, como hemos visto, y en diciembre de 1533 a las del propio Pedro de Alvarado, que tenía su campamento y astillero al Sur, por la bahía de Xiquilisco, en un puerto llamado entonces Xirabaltique, Chiraualtique, Qirahualtique, Xerabaltique.

Y los de Tujutla ya habían dado muestras de su vigor en 1530 contra el ejército de Chávez y Amalin. Las cimas de Los Candeleros (cerca de Dulce Nombre de María) fueron testigos de la más sangrienta lucha (más que la de Citalá) habidas en el período de la conquista. Allí cerca está un punto llamado Cerro de la Conquista.

En 1540, Pedro de Alvarado se embarcó en Acaxutla, fecha a partir de la cual empezó (un año después) a establecerse por allí el comercio con México y Perú.

Débase agregar aquí que para esas dos expediciones Pedro de Alvarado molestó mucho a los habitantes de San Salvador, de lo cual protestó enérgicamente su Cabildo en cartas que insertaron en el Libro de Actas correspondiente. Sin embargo, muchos de sus vecinos, entre ellos Diego de Alvarado y Diego de Holguín, se fueron al Perú, a pesar del juramento de vecindad y la fianza a que he hecho referencia anteriormente al transcribir parte del Acta del Cabildo de San Salvador celebrada el 16 de abril de 1528. (Tal vez no dieron ese juramento).

Es de advertirse, no obstante, que algunos no dejaron la vecindad de San Salvador «por irse al Perú», pues ya antes lo habían hecho por tener interés su residencia en Guatemala. Así, Diego de Alvarado se inscribió como vecino de Guatemala «el 19 de marzo de 1528»; «el 16 de abril de ese año 1528» se presenta al Cabildo de San Salvador con sus despachos de Justicia Mayor, y se inscribe como vecino de la villa; el 22 de abril de 1529 toma posesión en su lugar de Teniente del Gobernador de la villa Gaspar Arias D'Avila, habiendo poco antes regresado don Diego de Alvarado a Guate-

mala; en 1531 le vemos ya como regidor en esta ciudad; en 1533 es el jefe de la campaña contra Tezulutlán (después Verapaz en Guatemala) y en 1534, de viaje al Perú...

Respecto a este éxodo de salvadoreños al Perú, creo interesante reproducir el siguiente párrafo del Cap. X de la citada crónica de Vásquez:

«Algunos de los sujetos que hallo nombrados por vecinos, alcaldes y regidores de la Villa de San Salvador, el año de 1529, se encuentran

famosos por sus hazañas en la conquista del Reino Peruano; que no es pequeño timbre de orgullo de la ciudad de San Salvador haber partido de su nobleza con un imperio tan ilustre y opulento».

Los anteriores párrafos, escritos a título de información ligera —que ya no quiero alargar más este trabajo— y los datos de los capítulos anteriores, dan una idea aproximada del estado de San Salvador y de su historia en sus primeros veintiocho años de existencia. (1525-1530).

III

La resistencia heroica de Cuzcatlán en 1524 había hecho comprender a Alvarado que era imposible la conquista de esta provincia si no establecía en ella un campamento permanente, esto es una colonia de españoles; de esa necesidad se originó la fundación de San Salvador en 1525 (1º de abril).

El ataque a San Salvador por el feroz agente de Pedrarias (Estete) en 1529, hizo comprender la necesidad de establecer un destacamento militar permanente, esto es una colonia de españoles en la región ultralempina oriental, para evitar nuevos atentados de esa clase, y mantener el dominio y posesión de aquella provincia; de allí nació la necesidad de fundar a San Miguel en 1530 (8 de mayo).

La residencia de Acajutla en 1532 y 35 de los Tenientes de Gobernador y Capitán de la Provincia de San Salvador; el uso cada vez más frecuente de ese puerto, el principal del Reino en el Pacífico, del que hacía uso Santiago de Guatemala y San Salvador; la riqueza comercial de la Provincia de los Izalcos, y el informe del Licenciado Tomás Ló-

pez, oidor de la Audiencia de los Confines, de su visita en 1549, hizo comprender la necesidad de fundar una villa de españoles cerca de ese puerto y no lejos de los Izalcos; de allí resultó la fundación de la villa de la Santísima Trinidad del Zunzumat (Río Grande) en 1552 (25 de diciembre).

Así fué como la Provincia de San Salvador o Cuzcatlán quedó dividida en tres jurisdicciones: la de la ciudad de San Salvador y las de las villas de San Miguel y la Trinidad (Sonsonate).

En 1551 fundóse en San Salvador, con fuerte oposición de los vecinos, que temían su poder absorbente de riquezas y otros males, el primer convento, el de Santo Domingo, y en 1553 se fundó el de San Francisco, que se disolvió, estableciéndose definitivamente en 1574.

Esos dos conventos se fundaron a la orilla del camino que limitaba al Norte la ciudad de San Salvador y que iba de la entrada a ésta por Cuzcatlán (el Calvario y el Guarumal) a la salida para Cojutepeque, el Santo Domingo por donde está

hoy el parque Bolívar («al Occidente de la plaza»), y el de San Francisco en donde se estableció el Cuartel de Artillería (hoy 1er. Regimiento de Infantería). El convento de Santo Domingo tuvo después varios cambios de asiento (según consta en la Crónica de este Convento), quedando la última vez al N. del primitivo, en donde hoy está Catedral.

En 1575 la ciudad de San Salvador contaba con 700 habitantes españoles y su jurisdicción, sin contar con los de San Miguel y la Trinidad de Sonsonate, comprendía más de 80 pueblos con 10,000 indios tributarios y cerca de 50,000 habitantes.

Las casas de la población eran de construcción sólida, de ladrillo, cal y canto, madera y tejas, y soportó su primera ruina el 23 de mayo de 1575;

mas pasado el temor, la ciudad levantose más pujante. Una nueva ruina sísmica tuvo lugar en diciembre de 1581, y levantose de nuevo con mejores edificios, los que fueron arruinados por el terremoto que acompañó a la erupción del volcán vecino en 1594. San Salvador volvió a surgir de entre sus ruinas, menos el caserío disperso que se extendía hacia el Oriente con bonitas chacras, pues allí los efectos habían sido mayores; mas una nueva ruina, la del 1625, hizo a sus habitantes elevar de nuevo a su ciudad querida... Así, más de veinte veces al través de sus cuatro siglos de vida, dando con ello una muestra de su tenacidad, de su energía, de su laboriosidad y del porvenir glorioso que le espera, con el que cubrirá sus glorias pasadas.



Historia de la Pedagogía

(Continúa)

Por el Profesor Gilberto Valencia Robledo.

Luis Vives

Contemporáneo de Erasmo y tan notable como él, fué el pedagogo español Luis Vives, que nació en Valencia en 1492. La influencia del hogar fué muy favorable al desarrollo de su talento: la madre de Vives, descendiente del poeta Ausias March, llamado el Petrarca catalán, era una dama inteligente, bondadosa y culta que dirigió el espíritu de su hijo hacia un ideal de belleza y de virtud, y su dulce influencia siempre fué sentida y proclamada por él. Vives se educó en la Universidad de París, en donde estuvo varios años; luego estuvo en Flandes, fué

de Groy, nombrado Obispo de Cambray, Arzobispo de Toledo y Cardenal, y con él viajó por varios países. Estuvo en Lovaina, donde dirigió un notable colegio, dió conferencias en esta ciudad; estuvo después en Inglaterra, como maestro de la Princesa María, hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, quien fué su protectora y a quien este escritor guardó fidelidad, aun después de las desgracias de la Reina. Escribió gran número de obras filosóficas y literarias, dejando en ellas la huella de su clara inteligencia y de su bondadoso corazón. Se ocupó también de la educación de los niños pobres y de

El Concilio de Trento dió acuerdo que mejorara la instrucción pública y la encomendó a los sacerdotes; en 1540 San Ignacio de Loyola fundó la Orden de los Jesuitas, quienes se dedicaron a la enseñanza. Las escuelas de los jesuitas fueron superiores a su tiempo; tenían muy buena disciplina, edificios que re-

unían buenas condiciones pedagógicas y sana alimentación. Se atendía a la cultura física, se estudiaban muchas ciencias como Matemáticas, Ciencias Naturales y Sociales, Filosofía, Latín, Griego, Retórica, Poesía, etc. Cultivaban la memoria, prescribían la obediencia y la abnegación.

La Educación Sufre una Lenta Evolución en el Siglo XVI

En Alemania había las *Fraterherrenschulen* donde daban 6 clases, rudimentos de Latín, Lectura, ejercicios de composición, Griego, Matemáticas y Jurisprudencia. Rodolfo von Langen implantó el Humanismo, transformado en algunas de las escuelas Catedrales, nos lo relata Juan Sturm, director de la escuela de Estrasburgo. El movimiento de la Reforma iniciada por Lutero, influenció también varias escuelas, dividiendo éstas en dos grupos, unas que continuaron como estaban, y otras, que siguieron el impulso dado por este reformador.

Lutero pidió que a los niños de ambos sexos se les diera la misma educación, tradujo la Biblia al alemán y escribió dos catecismos para uso de sus escuelas; no le agradaba la cultura humanista de las otras escuelas, pero tuvo que aceptarla. Uno de sus principales discípulos fué Melanchton (1477-1560), hombre de singular cultura; escribió sobre Dialéctica, Retórica, Física, Ética; sus Gramáticas, Latina y Griega, se usaron mucho tiempo en las principales escuelas. Creó una enseñanza pública para los niños, organizó el gimnasio alemán «como un establecimiento preparatorio para las Universidades» y organizó las Universi-

dades de Wittemberg, Marburgo, Königsberg, Tubinga, Heildelberg, etc. En 1528 redactó los reglamentos escolares de Sajonia, que se siguieron en las escuelas en el siglo XVI.

Discípulos suyos fueron: Neander, Jerónimo Wolf Trotzendorf; señalábase también como una innovación el reglamento escolar de Wuttemberg; Juan Bugenhagen, que también redactó reglamentos para muchas de las ciudades de Alemania. Juan Brenz, quien fué el primero que dió la idea de una «enseñanza nacional» obligatoria, en unidad para toda la comunidad y para todos los maestros.

Había tres clases de escuelas: las escuelas alemanas en que se daban los rudimentos de los conocimientos: Lectura, Escritura, Aritmética, Religión y Canto de Iglesia. Las escuelas latinas tenían 6 clases, de la primera a la sexta, y las escuelas claustrales que daban la instrucción superior y una educación gratuita a los alumnos que se dedicaban al sacerdocio.

En las escuelas latinas, que siempre eran particulares, el número de maestros era de tres: Rector, Cantor y Baccalarius; se ayudaban con los decuriones, que eran los muchachos más disciplinados, que se encarga-

ban de un grupo de 10 niños cada uno.

Juan Sturm fundó un gran colegio al que asistieron más de mil alumnos; en 1566 fundó una academia; su escuela fundada en Estrasburgo fué la más notable de su tiempo.

En 1552 se fundó en Roma el Colegio Germánico, que fué la escuela matriz de las escuelas alemanas de jesuitas; se desarrollaron tanto, que 48 años más tarde, se habían fundado 200 escuelas.

En las escuelas de monjas se habían establecido escuelas para niñas; aprendían a leer, contar, escribir y cantar algunos salmos, a decir sus oraciones y a ejecutar algunas labores de mano.

Ya en 1536 se había establecido la orden de las Ursulinas, que se dedicaron a la enseñanza; también se habían establecido por los protestantes las escuelas dominicales y los oratoremenses y los hermanos de las escuelas cristianas de Lasalle, establecieron escuelas primarias católicas.

En el siglo XVI principió a usarse el método experimental aplicado a las ciencias; un poco antes varios sabios lo habían ensayado: Bernardo de Palissy en sus humildes obras de alfarería; Vesalio en la disección de primeros cadáveres; Sesalpino que instituyó un método de clasificaciones de las plantas; Harvey que demostró la circulación de la sangre; Giordano Bruno y Galileo que dieron una idea exacta del sistema planetario; Kepler, que descubrió las leyes que rigen los astros; Gasendi que estudió experimentalmente las ciencias naturales, Matemáticas.

El descubrimiento de América por el insigne marino Cristóbal Colón y los viajes hechos por él y por otros navegantes famosos, como Fer-

nando de Magallanes, Vasco de Gama, etc. Extendían los conocimientos y enriquecían las ciencias.

Bacon emplea la investigación filosófica en sus estudios y Descartes da nueva orientación a la ciencia, señalando como base de ella la observación y la experiencia.

En Alemania se distinguió Wolfgang Ratichios; a sus esfuerzos se debió la fundación de una escuela en Roten, que llegó a ser muy notable. Comprendía una escuela primaria y otra superior, en donde se enseñaba Latín, Griego, Hebreo y Francés; a él se debe «la introducción de un método inductivo conforme a la naturaleza, el haber desterrado la violencia de la enseñanza y establecido los ejercicios verbales como base de los ejercicios gramaticales.

Los hermanos Moravos se habían distinguido por sus estudios de Pedagogía, fundaron las primeras escuelas para niños. El más notable de los pedagogos Moravos fué Comenio, que publicó varias obras notables que se dieron a conocer en muchos países cultos de Europa. Comenio había estudiado Teología en Nasau; principió su actuación pedagógica en Colonia, en 1628. De Inglaterra y de Suecia fué llamado para reorganizar la enseñanza en esos países; en Suecia estuvo protegido por el inteligente ministro Oxenstiern. Fué electo Obispo y regresó a Bohemia; en Hungría fundó una escuela latina que no tuvo éxito por la guerra que había estallado entre Colonia y Suecia; estuvo errante por Alemania y murió en Holanda, en 1670. Señalaba el período de la enseñanza hasta los 24 años, atiende a la influencia del ambiente en que se educa el niño; indica que se deben desarrollar primero los sen-

tidos, luego la memoria, la razón y el juicio; que las explicaciones sean breves y mediante ejemplos, dominando la unidad del método en toda la enseñanza y en los libros. Todo lo que se aprende debe servir para la formación del carácter moral del alumno; expresando que lo que ve lo

comprende y lo retiene mejor, esto es, señalando la importancia de la intuición y recomendando la enseñanza elemental como base de la cultura general humana y que fueron los reglamentos escolares de Magdeburgo, conforme las ideas de este gran maestro.

La Pedagogía en el Siglo XVII y XVIII

Locke, notable filósofo, se ocupó de muchas ciencias y criticó los métodos empleados en la enseñanza, indicando que desde los primeros días se trate de hacer fuerte al niño, que camine con los pies desnudos, que tome alimentos sencillos, que se dirijan sus sentimientos a lo bueno y se le acostumbre al espectáculo de la naturaleza, a que se atienda a la enseñanza de la lengua moderna, del Latín, del Griego y de otras lenguas extranjeras. Hay otros escritores notables que se ocupan en sus obras de la educación, como Rollín, Du Marsais y Herman Franke, que además fundó una escuela para pobres, careciendo de elementos materiales. En 1695 continuó sus trabajos estableciendo una escuela Municipal, el Pedagogium, otra escuela de niñas y una escuela para huérfanos, instituciones que se ensancharon considerablemente debido al talento organizador de este noble maestro. Sus escuelas se llamaron pietistas y tuvieron gran desarrollo. Fundó la primera Escuela Superior de Señoritas en Alemania, estableció la enseñanza científica intuitiva y una escuela para preparación de maestros. Federico Guillermo, de Prusia, prestó su valioso apoyo a Francia y a su discípulo Schiommeyr, quien fun-

dó en Prusia la primera Escuela Normal y un Asilo de Huérfanos; este soberano estableció la enseñanza obligatoria y fundó más de dos mil escuelas.

Semler y Julio Hecker y otros discípulos de Francke, fundaron las escuelas llamadas Reales, divididas en tres partes: una escuela rudimentaria, una elemental y la superior. Estas escuelas fueron protegidas por Federico el Grande.

Locke fué uno de los grandes pensadores de su tiempo, sus obras contienen ideas educativas muy aceptadas, pero también fué perseguido por ellas, y entonces se refugió en Inglaterra, donde fué profesor del hijo del Conde de Schaffesbury. Desea el desarrollo de las facultades físicas, recomendando el ejercicio al aire libre, una alimentación y un traje sencillo; da preferencia a la educación de la parte moral del niño, recomienda el aprendizaje de los idiomas Latín y Francés, trabajo manual, Matemáticas, Geografía e Historia, y los viajes como una ampliación de cultura.

Los religiosos de Port-Royal habían extendido la influencia de su sistema de enseñanza, especialmente en Francia, donde ellos y los oratores fundaron muchas escuelas.

Los Filantropistas

En este grupo de educadores se distinguió Basedow; estudió en Hamburgo y en Leipzig e inspirado en las ideas de Comenio, Locke y después de Rousseau escribió el Libro Elemental del Conocimiento Humano, y en 1770, él fundó el colegio llamado Philanthropinum. Cristian Tropp escribió la obra Ensayo de Una Pedagogía, sistematizando las ideas educativas de sus predecesores; Enrique Campe, quien escribió el Robinson, que pronto adquirió popularidad, y un manual de educación.

Salzmann, que atendió al desarrollo físico del niño.

Federico II de Prusia dió gran impulso a la educación de su país. Tuvo un entusiasta colaborador en su Ministro Zedlitz y aprovecharon los valiosos elementos asociando a su obra a Wolff, Won Rochow, Felbinger, Resewitz, Gedike y Meierotto, fundó las escuelas municipales a iniciativa de Resewitz y en 1787, el Oberschul-Kollegium, el cual tuvo la inspección y administración de toda la Instrucción Pública «y en 1794, declaró todas las escuelas y universidades, establecimientos del estado».

Este movimiento dado en Prusia se extendió en otros países, en Wuttemberg, Baviera, Austria, etc. María Teresa, Emperatriz de Austria, invitó a Felbinger a que viniera a su país para organizar las escuelas. En 1789 se fundó la primera Escuela Normal del Estado, en Viena.

El médico Conrado Amman había enseñado en Amsterdam a los sordomudos, y a esta enseñanza se habían dedicado Jerónimo Carden, Juan Bulwer, Van Helmsnot Heinicke, el

Abate L'Epee y Rodrigo Pereira. Heinicke indicó «que la palabra articulada era un gran factor del desarrollo cerebral».

Valentín Haüy se dedicó a la enseñanza de los ciegos; fundó en 1806 un establecimiento de esta naturaleza, en Berlín, y otro en San Petersburgo.

Juan Jacobo Rousseau, filósofo ginebrino, publicó el Emilio, «libro que ejerció gran influencia en la Paidología, señalando como base el estudio del alma infantil, haciendo notar la importancia capitalísima que tiene en la vida psíquica el sentimiento, si acaso no es la base y el fundamento de toda ella, como afirma Horwicz, Spencer y otros, factor descuidado, sino ignorado por la Psicología intelectualista dominante, por lo menos, desde los tiempos de Descartes».

Tal vez su vida de huérfano, dura y errante le hizo compadecerse de los dolores de la infancia y atraer la atención de los psicólogos hacia el niño. Escribió varias obras, La Nueva Eloisa, El Contrato Social y la novela pedagógica Emilio, a la que nos referimos, escrita en un estilo pasional y vigoroso. Indica que el niño no debe esclavizarse a la costumbre, que debe reprimirse desde el principio el sentimiento del miedo.

La necesidad debe satisfacerse, pero por el contrario, debe comenzarse a combatirse desde el primer llanto infundado, sin prestarle atención, toda exigencia voluntariosa. Indica que el niño no debe esclavizarse a la costumbre, que debe reprimirse desde el principio el sentimiento del miedo. La necesidad debe satisfacerse

se, pero por el contrario, debe comenzarse a combatir desde el primer llanto infundado sin prestarle atención, toda exigencia voluntariosa. Indica que ha de hacerse fuerte al niño, porque siendo débil, no será bueno. En el segundo libro dice que ha de enseñarse al niño a sufrir el dolor, que no se le consuele exageradamente cuando sufre alguna caída; sólo debe aprender lo que es capaz de pensar y de comprender; su doctrina moral está basada en el precepto «no hagas mal a nadie». Fija el aprendizaje del niño entre los 12 y los 15 años, y a esta edad, comienza la educación de los adultos. Señalaba en sus teorías la vuelta del niño a la naturaleza, impresionó de tal manera la mente de las madres elegantes, que ya no desearon nodrizas para sus hijos, sino que, debido al influjo de Rousseau, lactaron a sus hijos. Trató también en su cuarto libro la educación de la mujer, indicando que toda la educación de la mujer debe ser relativa al hombre.

Por sus opiniones Rousseau fué perseguido y murió pobre y decepcionado, en París, en 1778.

D'Alembert declara que la Filosofía es la ciencia de los hechos, hace la crítica de la Instrucción Pública de su tiempo, llena de graves sutilezas y de puerilidades pedantescas, como Rousseau, prefiere la educación particular y doméstica. D'Alembert, no obstante ser uno de los filósofos enciclopedistas, fué un hombre humilde que rehusó ser profesor del hijo de Catalina II de Rusia.

Clairaut, que en sus elementos de Geometría da un método que puede aplicarse a todas las ciencias. Condillac, que indica el análisis como

método indicado por la naturaleza para los conocimientos primarios.

La Chalotais, que escribió en 1767 un ensayo de educación nacional o plan de estudios para la juventud, en que se propone hacer ver la utilidad de las ciencias y de las letras, y de cómo una educación buena o mala puede influir en la desgracia o felicidad de los pueblos, y pide que se imprima en el espíritu de los jóvenes, los conocimientos que les sean necesarios para cumplir con las diferentes profesiones, trabajar por su felicidad y por la de todos, y contribuir al bien general.

El Barón de Holbach en su sistema de la naturaleza, contiene varios capítulos consagrados a la educación, en especial a la educación moral; desea que todos los padres de familia sean capaces de dirigir la educación de sus hijos.

Diderot, filósofo enciclopedista, escribió un plan de una Universidad para el gobierno de Rusia o de una educación pública en todas las ciencias; establece 4 cursos de estudios paralelos; principia por las Matemáticas, Mecánica, Astronomía, Historia Natural, Física experimental, Química, Anatomía, Lógica, Gramática general y particular, y se termina por el Latín, el Griego, la Elocuencia y la Poesía, todas esas materias divididas en 8 clases. El segundo curso comprende los principios de Metafísica, Moral y Religión, en una primera clase, y en una segunda: la Historia, la Geografía, la Cronología y principios de Ciencia Económica. El tercer curso comprende el dibujo común a todas las clases, el cuarto Música y Baile de una parte, y la Esgrima, la Natación y Equitación, de otra.

El Movimiento Neo-humanista

Se designa con este nombre el apareamiento de un grupo de escritores que comparten las ideas de los clásicos con las humanistas, en la valoración de sus producciones, se distinguieron: Rollin, en Francia; el Conde de Shaftesbury en Inglaterra; en Alemania, Matias Gesner, que consideró a los autores antiguos «los hombres más grandes y las almas más nobles que jamás existieron».

Juan Augusto Ernest, profesor de la Universidad de Leipzig, escribió los reglamentos escolares de Sajonia. Sajonia Gottlieb Heins, «que despertó el entusiasmo por la poesía antigua», fundó escuelas en Göttinga y en Hannover y dió notables

conferencias.

Lessing presentó un proyecto de una academia en Wieland y escribió, a más de sus bellas poesías, varias obras didácticas, como La Educación del Género Humano. Los célebres poetas Göhete y Shiller también se ocuparon de Pedagogía. La vida de Göethe se considera como un ejemplo constante de autoeducación. Fué profesor del hijo del Duque de Weimar. Herder, que consideró el ideal de la cultura neo-humanista en el principio y la educación de la juventud, y Federico Augusto Wolf, notable filólogo que defendió el mejoramiento y la propagación de la escuela popular y burguesa.

Siglo XIX

En este siglo puede considerarse la Pedagogía separada del conjunto de los conocimientos, formando una ciencia aparte que acrecentó su caudal con los descubrimientos y experiencias de muchos esclarecidos maestros, entre ellos Enrique Pestalozzi y Federico Froebel. Los Neo-humanistas se ocuparon más de la enseñanza superior, y la enseñanza elemental estaba en bastante abandono. Fué Pestalozzi el apóstol que trabajó con ahinco y dedicó su vida con abnegación sublime a educar a los niños pobres y a despertar en las almas infantiles la vida al calor de la idea y de la moral. Enrique Pestalozzi nació en Zurich el 12 de Enero de 1746; quedó huérfano de padre en muy temprana edad. Estudió en el el Gimnasio de Zurich y se dedicó a la Agricultura, primeramente, haciendo una gran plantación de rubia en Argovia, a la que llamó Neuhaof. Durante ese tiempo pudo

observar la ignorancia de los niños y el poco cuidado que de ellos tenían en su patria, y conmovido profundamente por este hecho, fundó en Neuhoof la primera escuela para niños pobres, en 1775, que duró cinco años. Escribió muchas obras sobre educación: Las Veladas de un Ermitaño, Leonardo y Gertrudis, Investigaciones sobre la marcha de la Naturaleza en el destino de la Especie Humana, Cómo Gertrudis Enseña a sus Hijos, El Canto del Cisne, etc.

Al proclamarse la República Helvética, por la que Pestalozzi tenía simpatía, fué nombrado maestro de muchos niños, cuyos padres habían muerto en las contiendas civiles del país y los atendió con solicitud verdaderamente paternal, estableciendo la escuela en el convento de Stanz. Al año siguiente, el convento fué convertido en lazareto y Pestalozzi se trasladó a una escuela elemental

de Burgdof, de donde fué desalojado, y entonces se estableció en Iverdun, en donde fundó un Instituto que pronto se hizo conocer en toda Europa, y de muchos países llegaban a visitar esa famosa escuela. Hay el inmenso servicio que hizo Pestalozzi «poniendo en relieve el papel insustituible que desempeña en la enseñanza la intuición directa de las cosas (ya preconizada por Comenio y otros pedagogos moravos) y este otro, que por sí solo hubiera bastado para llevar a cabo en la educación del niño, la revolución más gloriosa y más humana de su historia, a saber: el amor del maestro a sus discípulos. Nadie mejor que Pestalozzi probó jamás con su propio ejemplo, el influjo decisivo que tiene el amor, no sólo para forjar el alma infantil, sino para descubrir sus más profundos arcanos».

Todos los principios de enseñanza estaban de acuerdo con la naturaleza. Fueron dados a conocer por sus discípulos Iselin y Federico Dinter.

En esta época se distinguieron varios maestros notables como Estefani, Gracer, Denzel, Adolfo Dieterberg, uno de los más notables

profesores alemanes, y Augusto Ziller que fundó una escuela moral pestalozziana. El impulso dado a la Pedagogía por célebres maestros como Wolf, Schleiermacher, Herbart, Humboldt fué muy beneficioso. Humboldt fundó la Universidad de Berlín, en 1810, «como centro de la más libre investigación de su tiempo». Juan Schulze que escribió para los Gimnasios de Prusia un plan de enseñanza Normal. En Baviera se estableció un programa llamado Norminatif, escrito por Niethammer.

Manuel Kant dió conferencias sobre Pedagogía. Indicaba «que la perfección humana debe ser el ideal de la educación y se resuelve en la moralidad; el fin supremo de la educación es, por tanto, la formación de un carácter que quiera el deber por el deber, el bien por el bien y no en atención a la recompensa o al castigo». Otro maestro notable fué Felleberg, quien también fundó una escuela de educación para los niños pobres y otras varias escuelas. La princesa Lippé de Molt creó varios asilos de niños en 1802 y se fundaron las Creches por el francés Marbeau.



Martínez Wallop

(Para ATENEO)

por Roberto Molina y Morales

Académico de la Acad. Salv. de la Historia

La ciencia española (América no tuvo otra) dista mucho de ser el páramo inclemente y estéril que los escritores enemigos de nuestra cultura han pintado.

En la Edad Media y en el siglo XVI es, como afirma Menéndez y Pelayo, «basta gloriosa», y si en la

Península decayó notablemente en las postrimerías de la Casa de Austria y en los primeros reinados de los reyes de la Casa de Borbón, tuvo luego días de positivo esplendor, en la restauración científica de finales del siglo XVIII.

Aquí en América, en rigor de

verdad, y aun en los tiempos más calamitosos, nunca pereció del todo, teniendo distinguidos representativos en los años en que en España se encontraba en su mayor descaecimiento.

Es más, ese reflorecimiento científico de España en el siglo XVIII, coincidió con el movimiento restaurador que se operó al propio tiempo en América, no siendo en ello una excepción el Reino de Guatemala.

Aquí como allá, hubo cerebros providenciales que transmitieron a posteriores generaciones el afán de convivir con la verdadera ciencia y el deseo de salvarla de la «retórica de colegio», en que yacía degenerada y envilecida, merced a una aberración de la enseñanza, designada con el nombre de «escolasticismo decadente».

Para solvencia y honra del primer centro de estudios del Viejo Reino, para gloria de la Universidad de San Carlos de Guatemala, he de afirmar que cuando en Europa apenas si se principiaba a extender tal costumbre, aquí en nuestra Alma Mater se obtenían los conocimientos de anatomía en figuras de cera coloreada, confeccionadas maravillosamente; que apenas más tarde de que en el Viejo Mundo se efectuarán las primeras aplicaciones del «galvanismo», aquí comenzaba a estudiarse y aplicarse; y que la física y la química se enseñaba con métodos y experimentos como los más modernos de Francia.

Las ciencias morales y políticas, y las mismas filosóficas tuvieron contemporáneamente una estupenda restauración, gracias al Doctor don Bernardo Martínez Wallop, cuyo nombre no podrá ser separado de la Historia de nuestro reflorecimiento científico. Aquel maestro, abando-

nando los acartonados y gastados ergotismos, sin valor ninguno positivo, dió a aquellas ciencias, que enseñara durante luengos años, el sitio y el papel de guía que en rigor merecían, en las especulaciones de las otras ramas del saber.

El nombre de Martínez, restaurador de las Ciencias Morales, tendrá que figurar en la Historia en el mismo rango que el nombre del P. Liendo, restaurador de las Ciencias Experimentales.

Son glorias centroamericanas, pues siendo el primero salvadoreño y el segundo costarricense, ambos marcaron al morir el siglo XVIII e iniciarse el XIX, en la capital —cerebro y corazón— de la maltrecha Nacionalidad, rumbos seguros al reflorecimiento de nuestra auténtica cultura.

No fué, por otra parte, culpa de ninguno, que nuestras Ciencias Experimentales, Políticas, Morales y Filosóficas sufrieran tremenda decadencia con la desorganización de la antigua Universidad, por acto despótico y cesarista del Gobierno Revolucionario, entronizado en el poder el año 29.

A golpes ciegos de la Revolución la cultura patria sufrió no leve retroceso y desarticulación completa, pues divorció toda ciencia del principio católico, principio que a través de 19 siglos la había mantenido, robustecido, ennoblecido y completado.

La Revolución de 1829 mató violentamente nuestro primer reflorecimiento científico, viniéndose a aprender, para desgracia nuestra, sesenta años más tarde, como una novedad, lo que a principios del siglo se sabía y se enseñaba en nuestra antigua Universidad Guatemalteca.

*
**

En marzo de 1768 o 69, nació en San Salvador este eminente maestro que pertenece a la legión de los «sembradores de ideas», hijo primogénito de don Bernardo Martínez y Sotomayor de Ximénez, y de doña Luisa Gregoria Wallop.

Bautizado en la Iglesia Parroquia, se le puso por nombre Bernardo José.

Don Bernardo Martínez, padre del recién nacido, era un caballero de limpia sangre, que, habiendo venido de España, desempeñaba por esos años los cargos de Administrador General de la Renta de Alcabalas y Alguacil Mayor del Santo Oficio, —descendiendo por varonía de la Casa de Martínez, arraigada en el reino de Granada luego de enlazarse con la de Bustamante, según lo atestigua una ejecutoria de 4 de julio de 1612.

Casó en San Salvador con doña Luisa Gregoria Wallop, hija de don Tomás Wallop, irlandés de origen, y de doña Micaela Méndez de Montaner, gaditana de pura cepa. (1)

Una posición social muy principal y una estabilidad económica brillante, permitieron al matrimonio Martínez Wallop proporcionar a sus hijos una esmerada educación. Digo a sus hijos, porque, además de Bernardo, nacieron de aquel matrimonio, una niña llamada Bárbara, y un niño, bautizado el 19 de junio de 1788 con los nombres de: José María del Rosario, Domingo, Miguel de la Santí-

sima Trinidad.

Es probable que este último falleciera en la primera infancia, pues no vuelve a encontrarse dato alguno referente a su persona, y que doña Bárbara llegara a mayor edad, en razón de que, en el Archivo General de Guatemala, se conserva un documento suscrito en 1797 por don Bernardo Martínez Wallop, solicitando le fuera concluida una escritura que como fianza había extendido a favor de aquella «su única hermana».

En el Archivo de la antigua Parroquia de San Salvador, tan rico en datos genealógicos y en referencias y documentos familiares, no sabemos por qué causa, no vuelven a aparecer los nombres de las familias Martínez y Wallop, como si se hubieran ausentado para siempre de esta capital.

Nada, pues, sabemos de los primeros años del Maestro eminente. Cerradas sombras sepultan en lo incógnito aquel período de la ejemplar existencia.

Inclinado al estado eclesiástico, cursó Martínez Wallop en el Colegio Tridentino de Guatemala los indispensables estudios sacerdotales, que, iniciados en 1780, debía coronar lucidamente en 1788.

Ese mismo año fué ordenado de sacerdote en la Iglesia de Santa Rosa, por el Arzobispo don Cayetano Francos y Monroy, probablemente a título de «patrimonio» o de «capellanías», desde luego que nunca

(1) *Antiguos documentos existentes en el Archivo de la Parroquia Vieja y conservados actualmente en la Parroquia de La Merced, comprueban la existencia de una hermana de don Bernardo Martínez, de nombre María Dolores, y la de dos hijos del matrimonio Wallop Méndez. Estos fueron: don Luis, que debía morir soltero, y doña Bárbara, casada en 12 de diciembre de 1788 con el Coronel don Francisco de Saloblanca.*

Celebróse esta boda en la Parroquia de San Salvador, por poder, habiendo representado al novio, que se encontraba en servicio activo en Granada, Nicaragua, el propio don Bernardo Martínez, cuñado de la desposada, actuando como testigos: el Cura Rector de San Salvador,

desempeñó curato alguno, dedicándose por completo al magisterio.

El 19 de mayo de 1791 recibió el grado de Licenciado en Sagrada Teología, ciencia en la que obtuvo el capelo doctoral el 4 de noviembre del mismo año.

Obtenida la primera borla, alcanzó con lauros la licenciatura en Derecho Canónico el 30 de agosto de 1796, recibéndose de doctor en Derecho Civil el 11 de octubre de 1798. Breves días más tarde, y previa la indispensable práctica en el bufete de algún jurista, la Real Audiencia le tuvo y reconoció como Abogado. (2)

Dedicado al magisterio desde el año de 1793, en que opositó y obtuvo la Cátedra de Cánones en la Universidad de San Carlos, ejerció en 1796 la de Prima de Derecho Canónico, volviendo a ganarla en 1801, el propio mes de febrero, en que obtuvo el grado de Licenciado en Filosofía. El doctoramiento en dicha facultad, que se conocía con el título de Maestrazgo en Artes, lo alcanzó brillantemente el 15 de mayo de aquel año.

Elegido Rector de la Universidad en 1798, cargo en el que debía sucederle el Dr. don Manuel Antonio Bouzas, el eminente catedrático desempeñó casi simultáneamente, y por primera vez, la Rectoría del Seminario Tridentino, obteniendo de nuevo en 1805 la Cátedra de Derecho Canónico, que abandonó temporalmente para obtener en destacadas oposiciones una Caningía de la Metropolitana.

De dicha dignidad fué investido en 1806.

Desempeñando en 1808 la Cáte-

dra universitaria de Cánones, le sorprendieron los sucesos que tuvieron por teatro la ciudad francesa de Bayona, donde Napoleón obtuvo para su hermano José, de los legítimos reyes españoles, la Corona Castellana.

Patricio eminente, ardoroso defensor de la independencia de su Patria, reprobó la felonía del Emperador y la debilidad culpable de Carlos IV y María Luisa, suscribiendo en 14 de agosto el acta de la Junta de Notables que en Guatemala acordó no reconocer como válidas las renunciaciones de los Reyes de España, proclamando como «Soberano legítimo y señor natural» a Fernando VII.

Al pasar en 1815 Don Antonio García Redondo a ocupar el cargo de Chantres de la Metropolitana, Martínez Wallop opositó y obtuvo la dignidad de Maestrescuela, cargo en el cual fué confirmado por el Capitán General Bustamante, como Vice-patrono regio y por bula de Su Santidad Pío VII.

De manera destacada, ya lo he dicho, ejerció su vida entera al magisterio docente, ya en la Universidad Carolina, ya en el Tridentino, sirviendo también el cargo de Segundo Comisario del Tribunal del Santo Oficio, en cuyas funciones se encontraba desde febrero de 1805, según puede establecerse por haber figurado como tal en los «autillos» de fe celebrados en Guatemala el 14 de febrero y el 20 de septiembre de septiembre de aquel año, en los cuales se condenaron los abusos cometidos por José Oñate y Manuel Antonio Azañudo, sub-diacono este último, quienes se habían hecho pasar

(2) Fechado el año de 1793, bajo la signatura A. 13-10-12648-1906, en el Archivo General del Gobierno, existe una copia de los atestados de méritos y servicios.

por sacerdotes, llegando el segundo a confesar y decir misa.

Inaugurada la primera Era Constitucional el año 12 y abolido el Tribunal de la Fe, Martínez Wallop cesó en el cargo, pero al retornar Fernando VII a España, en 1814, después de guardar larga y dorada prisión en Francia, y deshacer de un plumazo toda la obra de las Cortes de Cádiz, restablecida la Inquisición, Don Bernardo vióse nombrado por el Tribunal de México, no ya Segundo, sino Comisario General del Santo Oficio para todo el Reino de Guatemala.

A él le tocó iniciar aquella causa célebre seguida contra la Madre Teresa de Aycinena, en la que se vió envuelto un buen número de personas destacadas y aún el propio Arzobispo Casás.

Esta causa, que no se llegó a concluir y que puso de manifiesto la falacia y el infantil candor de muchos personajes, fué remitida a España por el propio Dr. Martínez, una vez que, extinguido para siempre el Santo Oficio por Cédula de 9 de marzo de 1820, el Comisario General, con fecha 11 de julio, comenzó a hacer entrega del archivo del Apostólico Tribunal a la Fiscalía de la Real Audiencia y a la Curia Metropolitana.

El Provisor, don José Bernardo Dighero, no sé por qué razón se imaginó que el ex-Comisario no había hecho entrega cabal del mencionado archivo, y con el objeto de obtener los documentos que según calculaba pudiera todavía tener aquél en su poder, presentóse en casa de Martínez el 5 de enero de aquel año 21, conminándole con penas pecuniarias y censuras eclesiásticas «hasta hacer efectiva» la total

entrega del Archivo Inquisitorial.

El ex-Comisario, herido por aquella desconfianza, en la misma fecha de la visita, dirigió al Provisor un escrito muy duro y muy cumplido, sosteniéndose en haber entregado todo el Archivo y afirmando, basado en los Estatutos de la Metropolitana, que, como «cuarta dignidad post-pontificalem», no podía recibir conminaciones de un Vicario, toda vez que, «so pena de excomunión», por ninguna circunstancia «los miembros del Eclesiástico Cabildo, se encontraban bajo la jurisdicción del Provisor».

Aunque no fué de aquellos clérigos que olvidaron el latín de su breviario por leer el francés de la Enciclopedia, Martínez Wallop supo ser lector vehemente que dedicara muchas horas a nutrir su cerebro ávido, en detrimento del vigor de su extenuado organismo de prematuro anacoreta.

Su acción fecunda y trascendental en la cátedra es tan merecedora de apoteosis, como el esfuerzo de los fundadores materiales de nuestra Nacionalidad.

Poseyó el temperamento del luchador, del rector máximo. Rompiendo con una tradicional usanza docente, de vanos y gastados usos, llenos de corruptelas y de ergotismos de escaso valor científico, levantó el estandarte de la verdadera ciencia. Vencedor en todas las justas del pensamientos, ya en grados, ya en oposiciones a cátedras, ya en públicos certámenes, supo hacer de sus cátedras, en la Universidad y en el Seminario, crisol enorme en que debía fundir la ideología en la Emancipación.

Con visión de verdadero hombre

de ciencia, propugnó porque en el Seminario y en la misma Universidad se restaurase la ya perdida costumbre de que la filosofía se enseñase libremente, rebasando los límites de la escolástica, y se siguiesen simultáneamente las tendencias tomista, suareziana y ecléctica, y aún todas las modernas, «con tal que las proposiciones sustentadas no encerraran algún error pernicioso a la fe, a la razón o a la moral».

La biblioteca del mayor centro de cultura del Reino, fué acrecentada notablemente por Martínez, que tuvo predilección por la Física. Pero no por aquella física de la Escolástica, resultado de una especulación apriorística, sino la experimental, la moderna, la que se lanzaba a toda fuerza hacia los descubrimientos científicos. En ello compartió los desvelos del ilustre franciscano P. Liendo, iniciador de los estudios experimentales.

Así como en el acto de su doctoramiento en Filosofía defendió el Maestro la personalidad filosófica de San Agustín como la de quienes no solosofaba con palabras sino que acomodaba las obras a sus convicciones, en teología fué tomista y tomista consumado, todo ello dentro del sistema escolástico puro.

En manos del Arzobispo de Guatemala, Durou y Sure, tuvo oportunidad de contemplar el autor varios cuadernos de lecciones del Dr. Martínez, que, estudiados con profundidad, prueban hasta la evidencia que el ilustre maestro salvadoreño, fué en las aulas el forjador de la idea de la emancipación y un gran defensor de la soberanía popular, del sistema democrático.

La acción fecunda que desde la cátedra realizó en favor de las ideas

de independencia, comprometen la gratitud de nuestro pueblo. Y, sin embargo, no ha habido un sólo historiador que haya dado a la gigante y patriótica obra del Maestro Martínez Wallop la divulgación que merece y el elogio que en justicia se le debe.

Fué un guerrero; un luchador, sobre todo en las aulas. Su memoria pertenece al orgullo de la Nación entera, porque fué uno de esos hombres a quienes sus obras llegan a convertir en encarnaciones, en representaciones vivas de una colectividad.

No es posible que la Patria olvide al Maestro que forjó las generaciones próceres; el Maestro que fuera verbo de la emancipación; al que, desde la cátedra, supo infiltrar en la levadura de nuestro pueblo, en su clase dirigente, el fermento libertario y nacionalista, profundamente humano y profundamente cristiano.

Concedor de la lealtad profunda que despertaba en sus fervorosos alumnos, inició varios años antes de finalizar el postrer siglo colonial, con el aprendizaje del Derecho Natural y de Gentes, caballeros de la libertad y de la independencia de su Patria, pudiendo gozarse íntimamente al ver realizadas sus aspiraciones el 15 de septiembre de 1821.

El 22 de septiembre, con los demás Individuos del Venerable Cabildo Catedral, juraba la independencia de la Patria.

El anciano catedrático que desde el 30 de noviembre de 1820 formara parte de la Junta de Sanidad y que se mantuviera en posesión, durante más de 17 años de la Cátedra de Economía Política; pasó a mejor vida probablemente antes del 17 de

agosto de 1824. (3)

* * *

Para concluir esta colaboración a la biografía del gran restaurador de las Ciencias Filosófico-Teológicas de la vieja Universidad Guatemalteca y del primer Seminario Centroamericano, solamente diré que entre los grandes Maestros de su tiempo, ninguno le superó en erudición, sabiduría, solidez y aplomo, y menos en

patrióticos impulsos, y que, a pesar de los vientos que corrían, jamás se le ocurrió hacer corro con los despreciadores de la verdadera Escolástica, que tuvo siempre en Martínez Wallop un verdadero depurador y un discípulo constante.

Que nuestro pueblo se incline ante la ignorada tumba del Maestro que forjara las generaciones próceres.

Santa Tecla, 19 de marzo de 1945.

- (3) *Durante la Presidencia de don Venancio López, y a causa de la exhaustez del Estado Guatemalteco, se efectuó el apoderamiento, por parte del Gobierno, y a título de préstamo, de la "enorme fortuna relicta del Canónigo Dr. Martínez Wallop", a cuyo efecto se dictó el oportuno acuerdo, dándose facultades al Teniente General Carrera, para que procediera a la realización de los bienes expresados. Tan a pechos tomó este último el cumplimiento del citado acuerdo, que llegó a reducir a prisión al señor Ugalde, albacea del ilustre difunto, y a pesar de que aquél presentó una terrible acusación contra el enérgico milite por el desafuero cometido en su persona, tuvo a la postre que desistir del intento, aconsejado por algunas personas que veían la "imposibilidad en que se encontraba el Gobierno de atender a su demanda".*

N. del A.



Apuros de un Maestro de Escuela y Solución Temporal de los Mismos

por José Lino Molina

I

Estoy desesperado, archidesesperado, desesperado hasta lo inverosímil. No hallo qué hacer, mi verdugo, mi comidera, la mujer que dice que me alimenta, siendo ella la que vive de mi quilo, me insta, me suplica, me amenaza en todos los tonos, porque le pague y no lo hago; y para no hacerlo me asiste la más poderosas de las razones: no tengo *ni cuarfillo partido por la mitad*.

Soy maestro de escuela y vivo de ilusiones y de las mismas tengo que hacer vivir. en lo que de mí respec-

ta, a los que me rodean y en algo me sirven, como la susodicha señora.

¡Oh, magisterio, tus apóstoles merecer la canonización, pero además de que no hay un papa que lo haga, de nada les serviría, pues eso viene siempre después de la muerte y vosotros lo que necesitáis es de elementos para vivir!

La pobreza voluntaria crea prosélitos para el cielo; pero la pobreza forzada de los maestros de escuela, impuesta contra sus deseos y llevada sin resignación, forma renegados,

cuyo paradero será el infierno, para alivio de males.

Y al maestro se le quiere enfrenar, cuando se queja, con la muletilla de que ejerce un apostolado, al cual lo arrastra noble e irresistible vocación. ¿La vocación de morir de hambre?

Los que ven de lejos dicen que el magisterio es un rosal, en que las rosas son niños; lo admito; pero ha de saberse que cuando viene el aquilón se lleva las rosas con su perfume y deja sólo varas llenas de espinas, que los maestros tomamos y nos herimos y nos hemos de conformar con el verde simbólico de las hojas y a lo mejor nos caemos de hambre.

El maestro algunas veces ha de lavar su ropa, aunque no se dé el lujo de hacerla planchar, se ha de calzar y vestir como los demás mortales; mas para todo esto se necesita *pisto*. La señora que *da* la comida no vive del aire y se torna una arpía con sus exigencias, no sabe más que un estrillo que repite al no más verlo a uno: *¿Trae... y hace seña con los dedos que indica redonda?, si no, no come*, y como la amenaza no la lleva a vías de hecho, sirve carne verde o frijoles *shucos* que a la legua denuncian su peste y eso hay que comer, so pena de no llenar la tripa.

¡Oh, qué vida! ¿Es vida? No. Es muerte a pausas.

II

He de decir algo de mi persona. Suponeos algo largo, muy largo, anguloso como un poliedro irregular; en un extremo poned un rostro en que lo más visible sea la nariz, un tetraedro con todas sus características. La frente espaciosa, dando principio a un cráneo en que el pelo es escaso. Los carrillos no tienen músculo y asoman en ellos los pómulos con pronunciadas esquinas. Los labios se han acabado: los chuscos que de todo, hasta de lo sagrado hacen chiste, dicen que me los he comido de tanto *lambérmelos*. Para concluir diré que no puedo enflaquecer más. Y no estoy enfermo: gozo de perfecta salud; pero tengo hambre y vivo afligido.

Ando vestido. Los domingos y días festivos o *cuando el caso lo pide*, me peripongo. Poseo una levita que me llegó por donación; fué de mi hermano el mayor, que estrenó cuando se graduó de bachiller; la usó más de un lustro y en bastante

buen estado, aunque un poco descolorida, me la cedió. Creo que el mismo *don Isaac Newton*, descubridor del espectro solar, si para el caso resucitara, no podría decir qué color tiene mi levita. Si fuera un soldado con sus mil remiendos tendría un timbre de justo orgullo y sería acreedor al respeto humano. Después de dieciséis años de legítima y pacífica posesión me he acostumbrado a llamarla *mi levita*; mi levita, pues, es merecedora de una condecoración y de un puesto en los anaqueles de un museo, donde reposara *per infinitum*, sin que nadie se atreviera a sacarla de su bien ganada quietud. Si yo fuera presidente crearía una orden cualquiera para honrar las prendas de vestir que hubieren servido más de un cuarto de siglo.

Tengo dos camisas: una blanca, de color la otra. La primera es la compañera obligada de la prenda histórica, aunque no tan venerable. La

hago lavar y aplanchar cada mes, tanto por economía cuanto para no gastarla con el frote. La otra es la de trabajo. Tengo separados los pantalones de gala. La palabra pantalones, con su dualidad, da lugar a equívocos. Poseo dos pares, es decir, no dos mancuernas de pares sino una mancuerna de un par cada una, aunque entrambos no hagan uno malo. De ellos el mejor me sirve los domingos.

Zapatos tengo un par; estos pobrecitos que apenas si merecen el nombre de tales, aguantan solos la guiñada de doce meses. *Escarpines*, ¿para qué es negarlo? no tengo. Son un lujo. Los últimos que tuve, en cierta ocasión, anohecieron y no amanecieron. En verdad que en los postreros tiempo de sus servicios únicamente eran el gollete. Estoy tentado a creer que cansados de servirme hicieron pacto con los ratones, quienes, atraídos por alguna calidad que les era inherente, los llevaron a las altas regiones del techo, librándolos de la esclavitud a que yo los sujetaba, pese a su notoria antigüedad. Lo colijo, porque un buen día cayó de arriba un fragmento que por el tejido recordaba la malla del punto de media. El resto, no glorioso, era un pascón; hasta para sus desahogos sanitarios sirviera a los señores roedores.

Tocante a ropa interior, *mejor es no meneallo*. Soy púdico por tempe-

ramento y como cabe a la profesión que no he adoptado y a la cual no me he adaptado, porque aun estoy aprendiendo y cuando acabe de aprender estaré muerto como el caballo que cuando ya sabía *no* comer, falleció y hoy me digo: «no hay mal que por bien no venga», pues la falta de esas prendas me permite no mencionarlas, para no herir con las ideas que provocan la pudibundez de mis lectorcitas, si tan dichoso soy que las tenga.

Conservo una corbata, flamante un día, que se presta a ocultar los ojales sin botón de la pechera. Esta corbata fué hermosa, todavía a través de sus fibras puede notarse la combinación de algodón y seda de su remoto origen. Y antes de que se me siga olvidando apuntaré que para para la camisa blanca poseo dos respetables cuellos del mismo color.

Tal mi indumento dominguero. La modestia me impide entrar en pormenores acerca del de trabajo. Y digo la modestia porque es sabido que los extremos se tocan: la opulencia y la miseria necesitan de aquella virtud. Publicar nuestra abundancia es vanidad; pintar nuestra carencia, hasta de lo más necesario, es cinismo. No queriendo aparecer cínico me refugio en el silencio y la modestia, virtud que aun conservo en la degradación moral y física en que la laceria me ha sumido.

III

Estamos en el mes de noviembre de 190...

13. Mis ideas en revuelta confusión no pueden aparecer ordenadas. He leído lo escrito y no estoy satisfecho, pues no gusto del desorden. En lo sucesivo consignaré lo que me

vaya sucediendo y haré las reflexiones que me brinden las circunstancias.

Antes de seguir adelante diré una perogrullada: no hay incompatibilidad en ser maestro de escuela y supersticioso, porque yo soy ambas

cosas, de cierto tiempo a esta parte. El número 13, por tanta majadería que de él se afirma, me espeluzna a mi pesar.

Referiré un encuentro de hoy. Serían las seis de la tarde y me dirigía a la única parte que visito, cuando al doblar una esquina di de manos a boca con un quidam que me apostrofó en forma despectiva:

—Señor mendigo, ¿es usted, también, ciego? ¡Si me descuido me ensarta un ojo con su interminable nariz!

—Señor —le repliqué un tanto cortado—, yo camino despacio, Ud. corre como potro chúcaro que busca la selva, si hubiera dado su ojo en la parte de mi cara que señala, ¿quién sería el culpable? No soy mendigo ni ciego, pero siento no haberle dejado tuerto para toda su vida.

Y continué mi marcha. El encuentro fué hoy 13. ¿Será un mal agüero? Aunque el caballere te aquel no me hubiera insultado, habría conservado reminiscencia de su facha, porque todo en él me fué desagradable.

Al llegar a la casa adonde me conducía, conté lo ocurrido, describiendo lo mejor que pude al individuo y se me informó que el tal era un pedagogo que venía de la capital a pasar vacaciones y que su nombre era *Safaniel*. El instinto, superior a la inteligencia, a veces, me reveló un rival en potencia y sentí invencible repugnancia.

Y este encuentro me trae a la memoria otro, de hace algún tiempo. Estaba ya oscuro y pasaba frente al atrio de la iglesia. Desconozco el miedo pueril de los espantos, pero la soledad, el silencio que reinaba y lo que el vulgo dice de los templos y de los edificios grandes solitarios, me infundía cierto respeto ante la

imponente masa del que en ese instante hacía más densa la tiniebla. Llevaba mi vestido de trabajo y andaba con pasos medidos. Algunas veces me crujen las coyunturas, lo que no puedo impedir. Al doblar la esquina topé con una sombra que me dejó helado y sin voz y no pude dar otro paso. La sombra se paró también y me habló, presa del miedo más grande.

—De parte de Dios, Todopoderoso, ¿sos de esta vida o sos de la otra?

Mil emociones encontradas me poseyeron en el acto, predominando la cólera y con tono duro, contesté:

—¡Soy el maestro de escuela!

Al oír lo cual, la sombra se tambaleó y diciendo sofocada: «¡Jesús!» cayó como si un rayo la hubiera fulminado. Soy humanitario, pero creí que aquella sombra —era una mujer— se había muerto y el temor de que me achacaran a mí su deceso, me hizo alejarme del sitio apresuradamente, sin poder olvidar la escena macabra que acababa de presenciar.

Extrañado del suceso lo referí a una persona amiga, la cual me explicó que la sombra, que era una mujer, sin duda creyó haberse topado con el alma en pena de un maestro de escuela que se había matado de un tiro, hacía algún tiempo en la localidad. Supe que la misma mujer se había beatificado, que juraba y perjuraba haber visto al difunto Canuto —así se llamaba el maestro de marras—, a quien para que no siguiera aparatando, le había mandado a decir media docena de misas.

Todo conspiraba a forjar esa ilusión, en lo cual yo era causa involuntaria. Me aflige el ser tan flaco, pues inocentemente puedo ocasionar víctimas y asustar a la gente.

IV

15. Y va de encuentros. Tuve otro, en medio de las irradiaciones del más bello de los días y de un bullicio encantador. Hoy fui yo el alucinado, el engaño se forjó en mí. Vaporoso, etéreo, se me apareció algo que no puedo nombrar con otro nombre que el de «ángel» en forma

humana. Unos veinte años. Fascinadora. No puedo olvidar el prestigio de su aparecimiento. Lo llevo grabado en mi mente. Ahora son las diez de la noche, no tengo candelilla, pero no me hace falta luz, la llevo adentro con la imagen de mi visión.

V

25. Los infelices desconocemos los términos medios, tocamos siempre los cabos. El placer, como el dolor, nos halla dispuestos a ir hasta el fin y palpar las puntas. Digo esto porque hoy he tenido un alegrón de esos en que uno está a punto de reventar. No es más que una promesa en un telegrama que dice: «Palacio Nacional, 25 de noviembre de 190... — A Cándido Delgado, Director Escuela de La Soledad.—Último corriente seranle pagadas sus mesadas atrasadas. Pase Admón. de Rentas esa cabecera. — (F) Bonifacio Cachetón.»

Estoy tan alegre que temo no llegar al último. Son siete las mesadas que se me deben. *Siete*, el número cabalístico. ¡Gracias, señor don Bonifacio Cachetón! ¡Hombre feliz que hasta en su nombre y apellido lleva la bondad y la abundancia! Dios le ha tocado el corazón a él y a todos los otros que intervienen en el asunto del *no pago*. Me parece que el señor Cachetón ha de tener un cerebro grande, henchido de ciencia y una barriga ensanchada y elástica como la de esos humildes proboscidos destinados al engorde, y luego al destace para convertirlos en embutidos, chicharrones y tamales. ¡Y yo que estoy consumido hasta el hueso! ¡Oh, don Bonifacio, más vale

tarde que nunca, cuando el *nunca* no es demasiado tarde! ¡Gracias, otra vez, muchas gracias! ¡Os abrazaría, si ello fuera posible! ¡Qué antítesis formaríamos! ¡Un grupo complementario! ¡El, hombre y medio y yo, medio hombre!

¡Magna idea, hija del delirio, mi corazón te bendice! El señor Cachetón me ha mandado a pagar, gracias a la bendita idea a que aludo. Tuve la ocurrencia de hacerme fotografiar y de mandarle mi vera efigie, con una dedicatoria patética, además de una carta ditirámica.

¿Que cómo pagué el retrato? Es toda una historia. Voy a contarla. Me presenté en la fotografía de ocasión que no ha mucho llegó a esta ciudad y pensaba conmover al fotógrafo con un discurso ciceroniano que me costó dos noches de vigilia, para que al fiado me sacara unas dos tarjetas. Así preparado me encaminé al estudio. Fui recibido amablemente, un poco demasiado amablemente, tanto, que no dejé de chocarme, pero lo atribuí a un exceso de cortesía del artista. Y fui de sorpresa en sorpresa, pues fué él mismo quien, sonriendo y restregándose las manos, me dijo:

—¿Gusta retratarse? Me tiene a sus órdenes,

—¿Lo dice de veras? — le pre-

gunté.

—Ya lo creo — me satisfizo, siempre con su voz burlesca.

Aquello casi era una solicitud y debía encerrar un propósito para el industrial; pero no importaba, para mí el resultado era bueno, puesto que era el que buscaba. Cambié de táctica, olvidé mi discurso e improvisé otro muy diferente. El fotógrafo me advirtió:

—A mí me pagan por retratar; pero a Ud. le pagaré yo porque me permita retratarle. ¿Qué le parece?

—¿Ud. me pagará a mí por permitirle que me retrate?

—Como lo oye, señor mío.

Decidido a aceptar, siendo secundario lo del pago, sin tomar en cuenta lo que el retratista se proponía,

sólo por broma le pregunté:

—¿Cuánto me dará?

—¿Le parecen cinco pesos?

—Deme diez y haga lo que quiera.

Con una condición.

—A ver la condición.

—Que además de los diez pesos me dará por lo menos dos copias de mi fotografía.

—Aceptado.

Y esa es la forma en que me retraté, no sólo sin pagar, sino con ganancia pecuniaria para mí, lo cual lo tuve como un principio de fortuna.

—Venga—me dijo el fotógrafo, y después de colocarme como gana le dió, hasta desnudo del torso, me sacó varios negativos, dándome dos ejemplares de cada uno, cuando los tuvo revelados.

VI.

29. Hoy es víspera del gran día. Si mañana no tuviera ese dinero, soy capaz de morirme o de cometer una barrabasada. He de manifestar que la señora Genoveva, mi comidera, ha cambiado de un modo tal desde que supo que el gobierno me mandaba a pagar, que me sirve chocolate con torta de yema y no halla qué hacer conmigo, queriendo adivinar lo que deseo comer y beber.

Intrigado por la oficiosidad del fotógrafo he querido averiguar los motivos de su empeño en retratarme y pagarme por añadidura. Fui a su estudio para preguntárselo, pero no lo encontré. Le escribí la siguiente carta:

«Muy señor mío: En aquellos momentos no me atreví a indagar de Ud. el motivo de su interés en retratarme; pero he pensado mucho en ello y creo que me debe una explicación, la cual me permito exigirle,

por medio de la presente. (F.) *Cándido Delgado*».

La respuesta no se hizo esperar mucho. Hela aquí:

«Mi estimado señor Delgado: Nuestro trato se cerró con la suma de diez pesos fuertes que le entregué y Ud. recibió gustoso y a mi vez creo que no le asiste el derecho de que me habla. Pero como no hay misterio en mi propósito, se lo manifestaré: Soy corresponsal del «Times of New York» que me paga bien los especímenes de objetos raros que le envió. Un maestro de escuela en cueros, muerto de hambre y vivo por milagro, es algo espectacular en el país del dólar y su vera efigie me prometía el triple de la tarifa ordinaria. Así es que no me debe ningún favor. Con muestras de mi mayor estima soy de Ud. obediente seguro servidor, (F.) *T. Agarro Barriga*».

Me ha apenado la acción de ese señor. *T. Agarro Barriga*; el condenado me ha agarrado por la mía, flaca y vacua. Y no hay más que aguantar. Los retratos me representan de cuerpo entero y mis huesos en ellos se pudieran contar. Si tuviera los ojos cerrados se me creería muerto; pero están abiertos y un rayo de luz brota de su fondo, revelando que aun hay vida.

Si su vista será emocionante, po-

drá inducirse por la actitud del señor Cachetón que al contemplarlos me mandó a pagar.

Pero no hay que cantar gloria. Aun no tengo el dinero en mis manos. Que llegue a ellas y entonces sabré lo que es ser rico, siquiera por poco tiempo, porque apenas calentaré mi tesoro, lo distribuiré entre mis acreedores que son más que las chiches de una suncuya.

VII

Diciembre 31. La cronología no existe para los que gozan. *Me pagaron*. La escasez vuelve a mí, me siento de

nuevo solo, sin más compañía que mi pluma para desfogarme vertiendo al papel lo que me rebalsa desde muy adentro.



Los Planos Para Después de la Guerra

por Joao Castaldi, Miembro Correspondiente
en Brasil

Desde hace muchos meses, en todos los países del mundo, sean los aliados o sean los nazifascistas (y éstos desde antes de la guerra, pretextándola como su base para reorganización del mundo en la «nueva Ordene») cogitan a presentar uno o más planes para regir las condiciones del mundo, después del término de la guerra.

En Inglaterra se destacó como resultado de trabajos y conclusiones de una comisión parlamentaria, el famoso Plano Beveridge, destacable por sus excelentes intenciones y honestidad de propósitos. No lo consideramos totalmente viable y eso por las razones que expresaremos en seguida, y que por su parte no pretenderá solucionar ningún misterio,

porque reconocemos a todos ellos, teóricamente, el máximo deseable, pero efectivamente, en la realidad, su absoluta impracticabilidad.

En los Estados Unidos, atendiendo a los sinceros y honestos propósitos del másculo luchador y Campeón de la Libertad que fué Franklin Delano Roosevelt, formaránse después de dividida la Nación en varias regiones, numerosas comisiones para estudiar de los planes para la reorganización del mundo después de la guerra. Allí también existen importantes y numerosas entidades destinadas a los estudios de la planificación y reconstrucción del mundo.

Destácanse, entre éstas, las siguientes, realizando anualmente conferencias nacionales y periódicas.

donde son abordados los estudios de cada entidad y, entre éstos, los proyectos individuales sometidos a los exámenes de tales entidades: American Institute of Planners, presidida y secretariada por Earle S. Drapes y Barbara Terrett; American Planning and Civic Association, presidida por Frederic A. Delano, Horace M. Albright y Horlean James; American Society of Planning Officials, por Baldwin M. Wood y Walter H. Blucher, y National Planning Association, por Charles E. Wilson y E. Johnston Coil.

Estas organizaciones realizaron y realizan, anualmente, conferencias en las cuales son discutidos los trabajos arriba referidos. Tenemos presente el relato que gentilmente nos enviaron, de los trabajos de la Conferencia de 1942.

Innegablemente, los componentes de tales entidades son caballeros que, no faltándoles requisitos y saber suficientes para hacer frente a cualesquiera problemas económico-cívicos, disponen de necesaria práctica para los exámenes de todos los trabajos referentes a tales actividades, desenvueltos en todos los medios y ambientes, sean de su país o sean de los demás.

Debemos acentuar que fué en 1940 que el Presidente Roosevelt solicitó (en cuanto los republicanos gozaban los provechos del «isolacionismo» beatificado...) a la directiva de la American Society of Planning Officials, el inicio de estudios para el llamado Plano de defensa después de la guerra. El 4 de enero de 1941, el mismo Presidente escribió:

«Estoy satisfecho en conocer que la Directiva está procediendo a los estudios y desenvolvimiento de los planes y propuestas para la defensa después de la guerra. Estos planes,

naturalmente, envuelven innúmeras agencias oficiales y la cooperación con el Estado, gobiernos locales y ciudadanos particulares, y hago votos para que todas las agencias ejecutivas del gobierno los asistan y a sus trabajos, con la reunión de propuestas y elementos para que éstos puedan ser sometidas a mi consideración».

Tales organizaciones establecieron como «premisas» y fundamentales finalidades para cualesquiera reorganizaciones y defensa mundial de «post-guerra», los siguientes fines:

«Libertad de palabra y expresión, de religión, de obrar y defenderse como son los deseos de la vida humana.

«La traducción de la libertad en términos aplicables al pueblo norteamericano, incluyendo la comprensión de la National Reconstruction Planning Board, quedó fijada en la siguiente *Declaración de Derechos*:

«1° — *El Derecho del Trabajo*, creación y utilización durante la existencia;

«2° — *El Derecho a una paga justificada*, adecuada a las necesidades de la vida, incluyendo diversiones, cultura y servicios sociales;

«3° — *El Derecho para adecuada alimentación*, trajes, habitación y asistencia médica;

«4° — *El Derecho de Seguridad*, con la asistencia a la vejez, accidentes, enfermedades, desempleo, dependencias;

«5° — *El Derecho de vivir en un sistema de libertad de iniciativas*, excento de trabajos compulsorios, de la irresponsabilidad del poder privado, de arbitrariedad de autoridades públicas y de los monopolios no permitidos y no reglamentados por las leyes;

«6° — *El Derecho de locomoción*,

de hablar o silenciar, libres del espijonaje político o social;

«7º — *El Derecho de absoluta igualdad frente a las leyes*, con iguales ascensos a la Justicia y su libre asistencia;

«8º — *El Derecho a la Educación* para el trabajo, para la ciudadanía y para la prosperidad y felicidad personal; y, finalmente,

«9º — *El Derecho al descanso*, divertimientos, oportunidades para gozar la vida y tomar parte en los adelantamientos de la civilización.

«Estos derechos y oportunidades deseamos para nosotros y para nuestros hijos, cuando la guerra esté terminada. Ellos van al encuentro de las libertades y sistema político por los cuales nuestros antepasados lucharon y nos legaron. Ellos son adaptados al nuevo mundo, donde los problemas centrales surgen de nuevas exigencias del Poder, de la Producción y de la Población, cosas que nuestros padres no tuvieron para enfrentar.

«Los problemas por ellos enfrentados fueron: libertad y producción de bienestar, la construcción de edificios de una inmensa sección de nuestro Continente, con haciendas, industrias, transportes y energía. Nosotros queremos mayor producción y más democrática distribución de la abundancia. Formulando estos nuevos derechos, no somos ciegos para las obligaciones y deberes que marcharán con cada uno, obligación para que los individuos puedan utilizar correctamente sus derechos y no desconocer o repudiar los derechos de los semejantes, obligaciones de las comunidades para proteger y organizar instituciones que hagan practicar y respetar tales derechos. Creemos para que el pueblo ameri-

obligaciones y para hacer cargo, privada o colectivamente, de las que le fueren impuestas».

Con tales objeciones preliminares, la Conferencia de Planificación de 1942 estableció lo siguiente:

«1º — Nuestro Plan se destina al empleo total del pueblo, manteniendo una renta de cien billones de dólares por año, no volviendo más para totales inferiores a este número en el presupuesto de la Nación. En otras palabras, organizaremos este presupuesto a un alto nivel con el empleo total y supresión del desempleo para las masas;

«2º — Planeamos obtener tales resultados sin exigir el trabajo de los jóvenes, que deben estar en las escuelas, de los ancianos que deben obtener asistencia necesaria, y de las mujeres que deben contribuir con su trabajo para el hogar, y jamás exigirle a ningún trabajador de minas, fábricas, tiendas, oficinas, transportes, más de 40 horas por semana y 50 semanas de trabajo por año, o sacrificar los salarios de los niveles que deseamos establecer;

«3º — Pretendemos descentralizar las actividades de emergencia lo máximo posible; utilizar la libertad de empresas y su empleo voluntario, con especialidad, para remunerar sus esfuerzos, imaginación, desenvolvimiento, manteniendo la elasticidad y la concurrencia; y obtener así el progreso cooperativo bajo la dirección de los gobiernos nacionales;

«4º — Planificar y organizar todos los intereses humanos dentro de nuestras fronteras, para poder realizar las promesas progresivas para la vida americana en alimentos, trajes, habitaciones, cuidados médicos, educación, descanso, trabajo, vida en el hogar, oportunidad en los progresos,

«5° — Planificaremos establecer y mantener en la reconstrucción de la América después de la guerra, el desenvolvimiento de los recursos nacionales, aumentando los bienes del Estado, de los servicios, de las actividades, salud, vitalidad, especializaciones, productividad, conocimientos y felicidad para todo el pueblo americano, suprimiendo el desempleo y aumentar la riqueza y el bienestar».

Ya están recapituladas las conclusiones y finalidades que las entidades arriba mencionadas, pretenden obtener para los Estados Unidos, después de la guerra que, para nuestra felicidad, ya está en camino de un próximo término, con la destrucción del poder nazi-fascista.

Vamos a justificar nuestras prevenciones de acuerdo con nuestros conocimientos:

*
**

Estamos, pues, de frente a las exactas definiciones de los propósitos y finalidades públicamente divulgadas por las entidades planificadoras norteamericanas, que, como es sabido, gozan en el concepto universal del mayor respeto y consideración.

Por ellas se verifica que los fundamentos reales y positivos de todos sus estudios y estructuraciones son: *empleo total de todas las masas nacionales; elevación de producción y de consumo de las mismas; equilibrio del presupuesto del país superior a cien billones de dólares; ausencia completa del desempleo.*

Empecemos por acentuar que la guerra nunca deberá producir menos de 20 millones de muertos e inutilizados; disminución absoluta de producción y área de ésta; *inutilización* de no menos de 50% de los habitantes de cada país, destruido y arrasado por la guerra; Disminución nunca inferior a 50% de las fuerzas productivas del 50% restante de los habitantes de tales países; disminución potencial del 25% de la nueva generación surgida durante la guerra; desorganización de todos los servicios de producción y transportes de todos los países.

Consecuencia de la situación creada por la guerra en elevaciones de precios de salarios y del costo de mercaderías y necesidades, habitación, trajes, transportes, asistencia médica y productos de farmacia.

Estamos, pues, delante de dos extremidades chocantes: la primera, decorrente de la disminución de criaturas y de la potencialidad física-orgánica de los sobrantes; la segunda, la elevación de precios del costo de la existencia.

Corolarios de estas extremidades son: la desorganización de la producción, el valor elevado de ésta, no siendo suficiente para el consumo, porque la producción de cada nación no quedará, terminada la guerra, en los niveles de las necesidades de cada pueblo, exigiendo de éstos un nivel entre sus producciones y sus consumos, nivelamientos éstos que encontrarán profundos e insanables desniveles de sus poderes adquisitivos.

También serán corolarios de las primeras, la vuelta en las fuentes de su producción y de los consumos de cada pueblo, la conferencia fatal para la reconquista de los consumidores de cada uno por los productos producidos en exceso por los demás

pueblos. Cada nación, debido a sus características de suelo, clima, sistema, capacidad de producción de sus hijos, serán otros tantos concurrentes para el desnivel y desequilibrio propios y de sus concurrentes.

En todo cuanto se planifica hay un error de realidades insaneables e irremovibles: la fuerza adquisitiva de cada pueblo.

El régimen de vida del pueblo de los Estados Unidos e Inglaterra, siendo los más similares, pueden ser removidos y reajustados. El de los franceses, italianos, alemanes, griegos, rusos, yugoeslavos, poloneses, eslovacos, lituanos, búlgaros, africanos, americanos del sur y del centro, japoneses y chinos, asiáticos en general, no resisten a la menor tentativa de equilibrio. Son tipos dotados de educación centenaria y radicados que no soportan el abalo profundo y radical.

¿Cómo conseguirse la supresión del desempleo, en frente de las disminuciones arriba citadas, quiera del potencial humano y quiera de la fuerza adquisitiva de las criaturas?

¿Cómo suprimir los desempleos de los chinos, asiáticos, indúes, búlgaros, rumánicos, europeos? ¿Apenas con las barreras impuestas artificialmente a los americanos e ingleses? ¿Y dónde pararán las promesas de la carta del Atlántico o de los estadistas pregonando la reorganización del mundo con base en la «puerta abierta» y la distribución y acceso a todas las naciones de las riquezas naturales y materias primas?

Débase tener presente que la guerra dislocó en gran parte, definitivamente, la actividad femenina de un sinnúmero de ocupaciones en tiempo de paz, dándole durante la guerra y después de ésta, un vasto número de ocupaciones nuevas, más remunera-

radas y más de acuerdo con sus habilidades y sexo, y, tales concurrentes de los hombres «malgré-soi», no dejarán de continuar en sus nuevas actividades y disputar a los hombres nuevas ocasiones en otros sectores después de la guerra.

Así fué después de la de 14-18, y así será ascensionalmente en el presente.

Disminuidas así las actividades y puestos, en todos los sectores humanos, muchas simplificadas o producidas por los nuevos inventos, diremos, de los Estados Unidos e Inglaterra, apenas para argumentarse, dónde emplear la legión de hombres que vuelven de la guerra, los nuevos surgidos entre la minoridad general da los dos sexos, y las mujeres ahora ocupando tales sectores?

Si en tiempo normal, ante-guerra, existían en los Estados Unidos e Inglaterra (sin mencionar los demás países) en la primera cerca de 10 millones y en la segunda cerca de 6 millones de desocupados, los cuales solamente consiguieron trabajo en actividades bélicas y para la guerra, ¿cómo emplearlos cuando la guerra termine y los productos necesitados para el consumo de tales poblaciones queden reducidos a menos de las tres cuartas partes?

¿Al reempezar las actividades de ante-guerra de las fábricas regresando a sus producciones habituales? ¿En el mayor consumo de tales producciones que no existen?

Engaño. El consumo de tales producciones sería normal antes de la guerra; después de ésta y en el período de reorganización y readaptación, deberán contar con el menor poder adquisitivo de los que sobran y quedaran en cada país.

En cuanto de un lado es posible reorganizar el consumo del 50% y

25% de las poblaciones dejadas por la guerra en cada nación, pero no perdiendo de vista la resistencia físico-orgánica de tales criaturas, dándoles medios de subsistencia, los indispensables, diremos nosotros; en cuanto es posible aumentar la celeridad de construcción de múltiples trabajos públicos, de restablecimiento de la salud de millones de criaturas; en cuanto sea posible sustituir las mujeres en numerosas ocupaciones, dejándolas retornar éstas para los hombres y obligándolas a volver a sus hogares y a la educación; en cuanto por los nuevos medios mecánicos será posible aumentar la producción de recursos en alimentos y de uso general, no habrá remedio posible que haga reducir el costo de la existencia y de sus necesidades humanas.

Prescindiendo de los derechos morales: Libertad de expresión y pensamiento, de locomoción y trabajo, derechos sustantivos de los trabajadores a una remuneración justa por el justo trabajo producido, derecho a la educación y a la justicia igual para todos, quedará siempre erecta, de pie, irremovible, la situación económica de los pueblos de todas las naciones del globo, pobre, deficiente, dependiente de un sinnúmero de otros factores y organizaciones existentes para el mundo, decenas en cada nación, que, destruidas que sean, destruirán la propia nacionalidad y el propio organismo, el propio pueblo y sus posibilidades para gozar la felicidad humana y su prosperidad, como lo desean los planificadores teóricos de Inglaterra y Estados Unidos.

En todos los planes verificamos la misma falta y los mismos errores: Pretenden elevar el patrón de vida de los pueblos, aumentándoles la

posibilidad de compras mediante el aumento de salarios, porque, dicen, de esta manera, ganando más, gastarán más y absorberán el consumo de toda producción.

Pero olvidanse que, para aumentar los salarios, deben aumentar los precios de las necesidades, y, hecho eso, estaremos siempre en el círculo vicioso: no se aumentan los salarios con el viento sin aumento de rendimientos para los fabricantes de los productos.

Aumentados los precios de los productos, el aumento en salarios regresará a la fuente pagadora: los productores y los comerciantes vendedores, el fisco, los propietarios de habitaciones, de transportes, fabricantes de remedios y recetadores de éstos. Entonces, ¿cómo elevar el patrón de vida?

Responderemos simplemente: estableciendo los precios básicos de todos los productos necesarios a la vida del hombre: alimentos, trajes, habitación, diversiones, educación, viajes, cultura, medicamentos, y, hecho esto, establecer el salario patrón que no más puede ser rebajado, dejando oportunidad para los que merezcan más remuneraciones por sus actividades, esfuerzos, incentivos, inteligencia y producción, conducta moral y familiar.

Equilibrada de este modo la existencia de todos, todos cooperarán para la mayor producción y progreso, porque podrán gastar sus dineros, visto no hacerle falta el despendido, para las más urgentes necesidades de sus existencias, porque ganarán lo suficiente para mantener un patrón de vida efectivamente elevado y noble la existencia con todos los que los rodean.

No sucedería lo que ahora sucede y sucederá mañana con los diversos

planos representados: para poder adquirir alguna cosa, dejan de pagar alguna otra, y así sucesivamente.

Sería suprimida la mayor calamidad creada por la ganancia sordida de la vida presente: las ventas mediante pagos por prestaciones; mediante la cual todos pagan cinco veces más del verdadero costo todo lo que compran, quedando dividas para la vida entera, privándose de resguardos y remedios necesarios, porque el hombre de las prestaciones les retira hasta la última gota de sus energías y de su sangre, no respetando siquiera a los viejos inválidos y a los niños.

Infelizmente, todos los planes divulgados no nos responden a las preguntas que a cada paso surgen. Aún estamos por constatar que, durante las guerras, acostúmbrase hablar siempre de resurgimiento humano, de reivindicaciones de derechos, libertad, justicia e igualdad, estableciéndose otros, promesas, mejoras, soluciones de problemas sociales y humanas, y después nada se hace, todo se olvida, todo vuelve al caos de... dejar marchar el tiempo... hasta una nueva oportunidad humana!

Y así sucederá siempre: sufrimientos, desigualdad, desilusiones, calamidades sin cuento, con la vida más difícil y reinicio de nuevos fermentos.

Y la Humanidad vuelve a sufrir

y a luchar; los desengaños crean desesperanzados y vencidos, inquietos y desequilibrados, nuevas fortunas y nuevos ricos, nuevas castas y nuevos sistemas para mantener esa Humanidad debajo del yugo de las tiranías de toda especie y en todas las latitudes. Olvidanse, sistemáticamente, todas las promesas y razones presentadas para poder reunir millones de criaturas y combatientes de los más diversos y de los sectores los más distantes!

Entretanto, sería tan fácil y simple la solución de todos los problemas, siendo necesarias solamente dos cosas: *honestidad y sinceridad!*

Quando con sinceridad y honestidad se organizan la producción y sus sectores en cada nación; cuando se distribuyan las riquezas de tales producciones, de acuerdo con las necesidades de cada tierra; cuando cada país auxilia a otros y éstos a aquéllos con sus recursos, impidiendo que todos planten y fabriquen los mismos productos; cuando cada nación auxilie a la que de esto necesite, sin deseos de dominación económica para beneficio de sus ciudadanos; cuando sea considerado el mundo perteneciendo a todos con iguales derechos y posibilidades para disfrutar de sus beneficios, entonces si acreditaremos en la Igualdad y Fraternidad Humanas, porque privará sobre ella la *honestidad y la sinceridad!*

S. Paulo, Brasil, 22 de agosto de 1944, 2º año de la entrada del Brasil a la guerra.

JUAN CASTALDI,

Director del magacén continental ilustrado «A CAPITAL», y presidente del Grupo América del Brasil y de la filial de la Asociación Internacional de Prensa (reconocida por la VIII Conferencia Interamericana de Montevideo, 1933. Rua dos Andradas, 47, Casilla postal 585).

Juan Felipe Toruño, Animador de las Letras Salvadoreñas

por Juan Marín

(Del diario "La Hora" — Santiago de Chile)

Desde su cargo de Secretario del «Ateneo Salvadoreño» y Director de la revista ATENE O, Juan Felipe Toruño es el «capitán sin barco» de las letras salvadoreñas. Él, guía y orienta, marca rumbos y además avizora los horizontes para descubrir en extrañas tierras y en playas remotas todo aquello que se identifica con el culto de la Belleza y del Arte. De otro lado, desde su columna editorial de «Diario Latino», Toruño glosa y comenta el acontecer político, cultural y cívico del país y de Centroamérica en general. Porque, en estos países aparentemente tan divididos, la «unión centroamericana» existe de hecho en la personalidad de hombres como Toruño y muchísimos más, a los cuales podría llamárseles, sin errar, «ciudadanos de Centroamérica».

Juan Felipe Toruño es nicaragüense de origen y nacionalidad. Nació en León, en la misma ciudad blanca y ardiente que meció los primeros sueños de Darío. Tiene, pues, como es de imaginarlo, el «culto dariano» muy metido dentro del alma y de la sangre. Todos los escritores centroamericanos, lo tienen igualmente. Conversar de poesía con Toruño es oír una constante citación de trozos de Rubén, pronunciados con el mismo fervor con que un Rabí cita sentencias de la Biblia, un chino los «Analectos» de Confucio y un mahometano los versos del Korán. Pero, en Toruño esto no en-

traña limitación, sino todo lo contrario. Su sensibilidad siempre despierta, su inquietud por conocer y gustar, su capacidad de asimilación, su gran generosidad humana, lo han llevado a entrar en contacto con las fuentes de la literatura universal así como con las corrientes del Arte contemporáneo. Toruño conoce las literaturas modernas, española y francesa, tan a fondo como pudiera conocer la de su patria. Y conoce también, nuestra literatura: la literatura chilena, más y mejor de lo que la conocen algunos críticos argentinos o peruanos que son nuestros vecinos. En su «Página Literaria» dominical, consagrada siempre exclusivamente a un solo autor, han sido expuestos y dados a conocer en Centroamérica algunos de nuestros poetas y cuentistas, con abundantes reproducciones de sus trabajos y poemas.

Sin contar la obra periodística que se extiende a lo largo de más de veinte años de cotidiano trabajo, la labor de Juan Felipe Toruño es vasta. Ella está en sus varios libros de poemas, en su novela «El Silencio» (premiada en Concurso), en sus dos tomos de crítica «Los Desterrados», Vols. I y II, en sus folletos y ensayos múltiples.

Pero la obra fundamental y definitiva de este escritor es la que, con el título de «Poesía y Poetas de América», acaba de lanzar a través de las prensas de la Edit. «Funes»

de esta capital. Se trata de una obra crítica y antológica de largos alcances y de anchas proporciones. En sus páginas encuentran cabida todos los poetas de América Hispana, desde los pre-colombinos hasta los muy modernos. De Chile figura una nutrida pléyade que comienza con los neo-clásicos y neo-románticos como Vicuña Cifuentes, Eduardo de la Barra, etc., y termina con nuestros romancistas como Oscar Castro y Antonio de Undurraga, dejando entre ambos extremos un ancho espacio donde entra lo mejor de nuestra poesía: Max Jara, Mondaca, Magallanes, Mistral, Neruda, Préndez, Saldías, De la Vega, De Rokha, Vicente Huidobro, etc. Pero, no es lo más en este libro, la acumulación de nombres y material poético —que es considerable— sino el ensayo de «interpretación» de las corrientes

poéticas indo-españolas desde nuevos ángulos y peculiares puntos de vista. Toda la erudición que el autor ha acumulado en sus largos años de buceador de las letras universales y toda la sensibilidad de su alma de poeta, las que han hecho ahora a Toruño converger hacia la búsqueda de los «porqués» y los «cómos» en el proceso de la creación poética en nuestro continente. La gigantesca empresa ha sido coronada con el éxito: «Poesía y Poetas de América» es un libro que deberá estar en toda biblioteca americana y en manos de todo catedrático de literatura americano-hispana.

J. M.

San Salvador, Enero de 1945.

(De «La Hora»,
Santiago — Chile)



“Poesía y Poetas de América”

Ultimo Libro de Juan Felipe Toruño

Es una síntesis histórica del movimiento literario de todos los tiempos en este continente de novedades.

Para los espíritus inquietos, con las alas del conocimiento siempre abiertas, es el aporte más sustantivo y sustancial.

Que nosotros sepamos no ha sido publicada una obra tan completa sobre el tema en América, después de las del peruano Luis Alberto Sánchez.

A nuestro juicio Toruño tiene sobre Sánchez la cualidad de una profunda sensibilidad poética. Sán-

chez es un literato estudioso simplemente y Toruño es, además de eso, un poeta indiscutible, con dominio de viejas y nuevas técnicas.

La literatura, aunque a primera vista no lo parezca así, es un arte de experiencias. No es posible troquelarla a conciencia sin el conocimiento de sus múltiples variantes en el tiempo. Su presente descansa en el pasado como su porvenir habrá de sustentarse en el presente. Para quebrar el molde clásico hubo la imperiosa necesidad de conocer a perfección las líneas detalladas en ese

molde. Y de ahí han nacido todos los «ismos» habidos y por haber, en una trayectoria curva que lleva las trazas de ser una circunferencia dentro de las actuales jornadas neoclásicas. Así tenemos el retorno al romance, al gongorismo y las estructuras métricas avivadas en el recuerdo.

El libro de Juan Felipe Toruño está pródigamente documentado. Es copioso su caudal de citas y ejemplos. Con nombres propios fija la posición literaria de los elementos que han devenido en el tiempo. Analiza las influencias, inquiere orígenes, señala resultados. El panorama que ofrece abarca de lo precolonial, como extremo linde en la historia hasta la realidad actuante, con todas sus mímicas y trampolines. Constituye la contribución más sólida del año a la cultura del mundo americano en particular y de los continentes a cuya habla sea traducido.

Vale un elogio el esfuerzo del poeta sintetizado en «Poesía y Poesías de América». Su voz oceánica ha logrado hacerse oír dentro del gran tumulto de la guerra. Cuando las prensas multiplican su gigantesco esfuerzo para totalizarse en la propaganda bélica, Juan Felipe Toruño les ha hecho un breve paro de ensueño, con destino a climas más espirituales. Y por un momento la

América ha dejado de escuchar el clamor de los combates, y el eco de las conferencias, y las voces de los generales; para atender una música platónica, con ritmos emanados de todas y cada una de las repúblicas americanas, con el alma de nuestros pueblos en efusión de sus inquietudes de musical belleza.

Es lamentable reconocer que debido a la hora caliginosa, trágica y llameante, las manifestaciones del espíritu se encuentran postergadas en importancia. Poco o nada se quiere saber del Arte, la Belleza y el Ensueño. Así en estos momentos el libro de Toruño no podrá ser apreciado en lo mucho que realmente vale y pesa. Pero el mundo ha de volver a encontrar su propio equilibrio y entonces los hombres volverán a darse cuenta de que tienen un alma que cultivar con rosas y que colmar de aromas.

Mientras tanto estamos en el deber de reconocer en Juan Felipe Toruño una mentalidad fuerte, una dinámica sin reposo y, por sobre eso, una fe en el reinado del espíritu que choca rudamente contra el muro del materialismo actual.

Agenor Argüello.

(De «La Nueva Tribuna», Ahuachapán, y de «El Imparcial», Guatemala).

Prolegómenos de Americanidad... Restringida

Para ATENEO

Por ALBERTO REMBAO

Alberto Rembao es uno de los hombres más divulgadores del pensamiento vivo en América. Desde la revista «La Nueva Democracia», que dirige de hace muchos años, está laborando por la americanidad.

A más de ser un informador y divulgador, sus ensayos tienen la característica de lo permanente, en la actualidad. No rehuye el encuentro con los sucesos y los accidentes, sino que los busca. Y en encontrándolos, desentraña el fenómeno para que sea conocido extensamente.

Laborioso e incansable, como lo reclama el momento actual y como debe ser todo hombre de responsabilidad mental, Rembao tiene los horizontes a su vista. Los atrapa y los despliega después en la conciencia americana.

Sus trabajos tienen tuétano: Ecléctico por temperamento, está buscando en todo momento el pulso de una América como la deseamos. Amamantado en la libertad, ella es su clima y por ella camina por los senderos que conducen a una visión clara de nuestro hemisferio en relación con los demás pueblos del mundo que componen el otro hemisferio;

Aquí lo tenemos en un ensayo revisionista de células continentales. Vivi-sectionando y recorriendo las posturas de otros pensamientos para dar con el problema de un pensamiento que se adecúe en la verdad de nuestra América; verdad de liberación y verdad de nuestra posición en atingencia propias de nuestra vida.

Rembao marca su paso asiéndose de contenidos, para aglomerarlos y después dispersarlos. El hombre en él, está de acuerdo con el escritor que tiene a su cargo ver con más agudeza y conseguir para este hombre lo que le sea útil para la actuación en una cultura propia, de emancipación, de educación y de consolidación.

Estos son los hombres, como Rembao, que están con pica en mano, agitados y agitadores, enrañándose en la conciencia de una civilización que aflore de nuestros trabajos, de nuestros sacrificios, de nuestra sangre y de nuestra comprensión. — J. F. T.

Comienzo de la sabiduría, donde el sabio en ciernes se da cuenta de su falta de saber, según el episodio delífico... De modo igual y manera como el hombre es señal de vida, y el apetito indicio de salud buena. Lugares comunes de la vida individual éstos que significan lo mismo en la de las entidades colectivas, aun co-

mo la humana que se llama «Sur América», por contraste con la otra septentrional (de habla inglesa). Con lo que se exprime ya desde un principio la discrepancia de la geografía con la humanidad, porque aquí en América lo del Sur comienza en el Río Grande mexicano. Sin embargo, no ha de ser la cuestión del nombre

la que prime al revisar, en postura de admiración, una obra premiada con medalla de oro, como *El problema de la cultura americana*, por Alberto Zum Felde (Editorial Losada, S. A. Alsina 1131, Buenos Aires). Aun cuando el nombre tenga sus fueros inalienables también ya que, a la manera de Goethe, quien se ingiere con el nombre se ingiere también con el nombrado; porque el nombre le es al nombrado como el nómeno al fenómeno — entelequia de inseparabilidad.

Con el eminente sociólogo uruguayo, el adjetivo del título se restringe más y más a medida que el lector se hunde con entusiasmo de discípulo en las páginas pabulosas de su meditación: porque *El problema* es eso, y soliloquio de profeta angustiado que se debate entre las sierpes de cuestiones sin respuesta inmediata... «Sentir el drama es sentir el dolor del órgano enfermo; que nos duela; eso es lo primeramente necesario para que nos pongamos en actitud...» (p. 87). Y a continuación: «...el tener conciencia, y vergüenza, de nuestra falta de entidad, es el principio de existencia de la entidad misma, y el comienzo de la acción intelectual que nos pondrá en movimiento...» Actitud y movimiento como motores indispensables en esta búsqueda de la identidad, cuya ausencia provisional se revela en el adjetivo. Lo «americano» no es lo geográfico «panamericano» de las arengas cancillerescas de 14 de abril; aquí con Zum Felde «americano» equivale a «latinoamericano» solamente... y todavía menos: parece ser lo del Canal hacia el Austro... y lo que fluye e irradia del Río de la Plata: es lo del polo suriano de una realidad bipolar. El otro polo: lo indio de los países de densa población

precolombina, con México de punto de saturación. La tesis de *El problema* es tesis de una *uropeidad* americana en trance de purgación, en parto de devenir, para tornarse *americanidad* europea (donde Europa valga por lo universal de occidente). No hay motivo de duda; nuestro autor clama por una americanidad homogénea y rompe lanzas contra la hispanidad peninsular, porque hay dos enemigos de nuestro destino: «el nacionalismo y la hispanidad». Empero, la actitud zumfeldiana es de negación dialéctica: de europeo que a sí mismo se niega ante el ara de la futuridad.

El problema de la cultura americana, de todos modos, es de emancipación cultural, porque la política de hace un siglo significó nuestro repudio de lo español. Al expulsar a los peninsulares se encontraron nuestros pueblos de habla española — en esta promoción no tomó parte el Brasil — como quien se quita la casaca que trae, sin tener una propia a mano. La emancipación nuestra la realizamos bajo el soplo de la Revolución Francesa, y por tanto apenas independizados, nos afrancesamos en lo político primero y en lo cultural (¿literario?) después; nos pusimos el indumento francés, porque no había otro a mano, máxime cuando todo el mundo hacía lo propio en aquellos días de la hegemonía ecuménica de la Ciudad-luz. De entonces acá hemos ido de fatiga en fatiga rumbo de un destino como el que en estas páginas se nos señala, hambrientos de entidad, con cultura postiza, en actitud subalterna, arrastrando los grilletes del galicismo, mirando siempre hacia afuera, parroquianos serviles de lo exterior: «coloniales» en lo cultural a la par que en lo económico... Con todo,

ello ya comienza a dejar de ser. Ya la intuición redentora de un devenir solidario se hace sentir en brotes varios y diversos. Ya nos damos cuenta del problema. Es decir de las impedimentas que frustran y malogran la jornada de la unidad.

Hay la impedimenta de la geografía accidentada que se torna enemiga de toda tentativa de anfictionía política. Hasta aquí, los Andes, y los ríos y la selva y el llano han podido más que el hombre (Cabe considerar que las aportaciones técnicas de aproximación que al momento tienden a alterar semejante condición, son anglosajonas del norte: el cable, y los aviones y la carretera panamericana...) Hay el impedimento de la heterogeneidad biológica... y un reparo... más bien, una posibilidad de que Zum Felde sea mal comprendido en tierras de tez tostada y morenidad subida, donde, ello no obstante, se habla y se siente en español y se sueña en francés subliminar (Cabe preguntarse si eso francés del siglo XIX no es más bien lo universal humano que por acción de accidente tuvo sede en los bancos del Sena, así como ya los tiene en los del Plata cuantas veces surge ahí un tratado de alta diagnosis continental y humana, como el que tenemos por delante. Se dijera que el maestro uruguayo cae en lo que a las gentes indígenas toca, en la misma tembladera, digo, tremedal que de antes su ilustre antecesor en estas agonías americanistas: Don Domingo Faustino Sarmiento, en su «Conflicto y armonía de las razas en América». Se dijera, pero no; Zum Felde se refiere más bien al proceso de fundición de los elementos humanos constitutivos de esta americanidad heterogénea y confusa, incompleta y compleja de nuestros días:

americanidad en estado de «Ajiaco» que todavía no alcanza su punto de sazón, para citar la palabra del maestro don Fernando Ortiz. Buena cantidad de nuestros indios son americanos en potencia solamente, caso de que lo americano se tome por cosa europea universal expresada en español. En México hay al momento no menos de dos millones de personas que no hablan idioma europeo alguno, que se expresan en sus propios lenguajes autóctonos; y otros dos millones que son bilingües: es decir, que hablan español con los hispanoparlantes y su lengua nativa dentro de su comunidad. Ello en una población de 20.000.000 de habitantes. Se tiene además el proceso de integración de los negros en tierras aledañas del Mar de las Antillas... y los mulatos... y el experimento brasileño, que sería tema aparte... y las ondas contemporáneas de inmigración «blanca» europea...

Todavía más, por capítulo de los obstáculos que retardan la cristalización de lo americano integral: tenemos aquí en el Continente una especie de regionalismo telúrico. Hay con nuestro uruguayo una «América tropical» y una «América templada», y una América andina. Nos dirá: «Así, el cosmopolitismo platense, cuyo centro y cuyo signo es la enorme Buenos Aires, babélica y babilónica, tiende a dar un producto psíquico distinto al del hispanoamericano del Ande y del Trópico, regiones éstas en las que persiste íntegramente aquella definición del tipo tradicional de la Colonia. Y en verdad, el hispano-americano de tipo tradicional —de Chile o de México— es un tipo mucho más definido que el de la ración cosmopolita platense, por lo mismo que su conformación étnica no ha sufrido mayores varian-

tes, hallándose sedimentada desde hace tres siglos... Un peruano y un colombiano de las clases cultas se parecen mucho más a un español, hasta en su modo de hablar, que los hombres del Plata. Aquí, el castellano, en sus modismos y en su fonética, se han diferenciado largamente del español hablado en España, aun sin llegar a los estratos populares incultos donde prospera el *argot* cosmopolita. Los países del Ande y del Trópico se mantienen más fieles a la tradición académica del idioma. La línea equinoccial del Capricornio divide las dos zonas de caracterización general; al norte, prima el rasgo colonial-ibero; al sur, el cosmopolitismo europeo predomina y transforma». (p. 207). Estamos en esto con la antítesis del cosmopolitismo inmigratorio frente al indigenismo aluvial.

A pesar de la impedimenta, sigue nuestra gente en marcha, camino de su tierra prometida de auto-conciencia americana. La adversidad histórica y la fatalidad genealógica se tornan par de acicates del potro y de la americanidad psicológicos; porque ésta existe y se advierte, aunque sea en embrión. Hay factores poderosos también que nos avientan a nuestro destino de identidad continental (que en este libro se restrinja la americanidad a lo exprimido en español bien puede estar muy bien; ya dejará para después lo siguiente: de asimilarnos a los nietos de Shakespeare).

Hay una serie de «comunidades» de carga e interés que nos vinculan velis nolis; son tres: «la comunidad de la historia, la comunidad de la lengua, la comunidad del destino». (p. 217). La historia es un algo presente y actual: es la presencia del pasado, de los muertos, de la tradi-

ción: los tres siglos de coloniaje, que por una parte y al comienzo representa lo español, y por la otra hacia su fin, lo francés, ya desde los tiempos de Carlos III. Nuestro republicanismismo ineludible en medio de tiranías y dictaduras es semilla de Francia... y también, con ella, su concomitante (¿autóctona?): el denominador común de caudillismo y turbulencia y anarquía. Todo esto, lo político, cuenta y pesa por igual desde el Río Bravo hasta la Tierra del Fuego.

Con Zum Felde, la comunidad de lengua no es tan primordial como entre otros se asevera... «No ha sido, pues, el idioma, el vínculo que determinara la norma de cultura a seguir, sino el vigor espiritual de las propias expresiones culturales del mundo, aunque fuera otro su idioma. Los españoles que ejercieron influjo después de la independencia, lo ejercieron, no en virtud de ser españoles ni de hablar lengua semejante, sino por el poder de sus personalidades. El idioma sin el espíritu no basta para crear o mantener mancomunidad ni imperio de cultura. Son muchos los que, aquí en el Sur, y aun en el Trópico, se han sentido más prójimos y solidarios con un francés o un inglés que con un sudamericano de otras regiones. La proximidad, la solidaridad —en el plano de la cultura, se entiende, pues de ello hablamos— las crean las afinidades espirituales. Por eso consideramos como factor de valor relativo la unidad del idioma, en cuanto al sustanciamiento de la unidad de cultura. Es un factor condicionado por otros, preponderantes... El espíritu no se determina ya por el idioma, puesto que los idiomas no son vallas que separan las corrientes universales de la cultura». *Et sic de*

ello ya comienza a dejar de ser. Ya la intuición redentora de un devenir solidario se hace sentir en brotes varios y diversos. Ya nos damos cuenta del problema. Es decir de las impedimentas que frustran y malogran la jornada de la unidad.

Hay la impedimenta de la geografía accidentada que se torna enemiga de toda tentativa de anfictionía política. Hasta aquí, los Andes, y los ríos y la selva y el llano han podido más que el hombre (Cabe considerar que las aportaciones técnicas de aproximación que al momento tienden a alterar semejante condición, son anglosajonas del norte: el cable, y los aviones y la carretera panamericana...) Hay el impedimento de la heterogeneidad biológica... y un reparo... más bien, una posibilidad de que Zum Felde sea mal comprendido en tierras de tez tostada y morenidad subida, donde, ello no obstante, se habla y se siente en español y se sueña en francés sublimar (Cabe preguntarse si eso francés del siglo XIX no es más bien lo universal humano que por acción de accidente tuvo sede en los bancos del Sena, así como ya los tiene en los del Plata cuantas veces surge ahí un tratado de alta diagnosis continental y humana, como el que tenemos por delante. Se dijera que el maestro uruguayo cae en lo que a las gentes indígenas toca, en la misma tembladera, digo, tremedal que de antes su ilustre antecesor en estas agonías americanistas: Don Domingo Faustino Sarmiento, en su «Conflicto y armonía de las razas en América». Se dijera, pero no; Zum Felde se refiere más bien al proceso de fundición de los elementos humanos constitutivos de esta americanidad heterogénea y confusa, incompleta y compleja de nuestros días:

americanidad en estado de «Ajiaco» que todavía no alcanza su punto de sazón, para citar la palabra del maestro don Fernando Ortiz. Buena cantidad de nuestros indios son americanos en potencia solamente, caso de que lo americano se tome por cosa europea universal exprimida en español. En México hay al momento no menos de dos millones de personas que no hablan idioma europeo alguno, que se expresan en sus propios lenguajes autóctonos; y otros dos millones que son bilingües: es decir, que hablan español con los hispanoparlantes y su lengua nativa dentro de su comunidad. Ello en una población de 20.000.000 de habitantes. Se tiene además el proceso de integración de los negros en tierras aledañas del Mar de las Antillas... y los mulatos... y el experimento brasileño, que sería tema aparte... y las ondas contemporáneas de inmigración «blanca» europea...

Todavía más, por capítulo de los obstáculos que retardan la cristalización de lo americano integral: tenemos aquí en el Continente una especie de regionalismo telúrico. Hay con nuestro uruguayo una «América tropical» y una «América templada», y una América andina. Nos dirá: «Así, el cosmopolitismo platense, cuyo centro y cuyo signo es la enorme Buenos Aires, babélica y babilónica, tiende a dar un producto psíquico distinto al del hispanoamericano del Ande y del Trópico, regiones éstas en las que persiste íntegramente aquella definición del tipo tradicional de la Colonia. Y en verdad, el hispano-americano de tipo tradicional —de Chile o de México— es un tipo mucho más definido que el de la región cosmopolita platense, por lo mismo que su conformación étnica no ha sufrido mayores varian-

tes, hallándose sedimentada desde hace tres siglos... Un peruano y un colombiano de las clases cultas se parecen mucho más a un español, hasta en su modo de hablar, que los hombres del Plata. Aquí, el castellano, en sus modismos y en su fonética, se han diferenciado largamente del español hablado en España, aun sin llegar a los estratos populares incultos donde prospera el *argot* cosmopolita. Los países del Ande y del Trópico se mantienen más fieles a la tradición académica del idioma. La línea equinoccial del Capricornio divide las dos zonas de caracterización general; al norte, prima el rasgo colonial-ibero; al sur, el cosmopolitismo europeo predomina y transforma». (p. 207). Estamos en esto con la antítesis del cosmopolitismo inmigratorio frente al indigenismo aluvial.

A pesar de la impedimenta, sigue nuestra gente en marcha, camino de su tierra prometida de auto-conciencia americana. La adversidad histórica y la fatalidad genealógica se tornan par de acicates del potro y de la americanidad psicológicos; porque ésta existe y se advierte, aunque sea en embrión. Hay factores poderosos también que nos avientan a nuestro destino de identidad continental (que en este libro se restrinja la americanidad a lo exprimido en español bien puede estar muy bien; ya dejará para después lo siguiente: de asimilarnos a los nietos de Shakespeare).

Hay una serie de «comunidades» de carga e interés que nos vinculan velis nolis; son tres: «la comunidad de la historia, la comunidad de la lengua, la comunidad del destino». (p. 217). La historia es un algo presente y actual: es la presencia del pasado, de los muertos, de la tradi-

ción: los tres siglos de coloniaje, que por una parte y al comienzo representa lo español, y por la otra hacia su fin, lo francés, ya desde los tiempos de Carlos III. Nuestro republicanismismo ineludible en medio de tiranías y dictaduras es semilla de Francia... y también, con ella, su concomitante (¿autóctona?): el denominador común de caudillismo y turbulencia y anarquía. Todo esto, lo político, cuenta y pesa por igual desde el Río Bravo hasta la Tierra del Fuego.

Con Zum Felde, la comunidad de lengua no es tan primordial como entre otros se asevera... «No ha sido, pues, el idioma, el vínculo que determinara la norma de cultura a seguir, sino el vigor espiritual de las propias expresiones culturales del mundo, aunque fuera otro su idioma. Los españoles que ejercieron influjo después de la independencia, lo ejercieron, no en virtud de ser españoles ni de hablar lengua semejante, sino por el poder de sus personalidades. El idioma sin el espíritu no basta para crear o mantener mancomunidad ni imperio de cultura. Son muchos los que, aquí en el Sur, y aun en el Trópico, se han sentido más prójimos y solidarios con un francés o un inglés que con un sudamericano de otras regiones. La proximidad, la solidaridad —en el plano de la cultura, se entiende, pues de ello hablamos— las crean las afinidades espirituales. Por eso consideramos como factor de valor relativo la unidad del idioma, en cuanto al sustanciamiento de la unidad de cultura. Es un factor condicionado por otros, preponderantes... El espíritu no se determina ya por el idioma, puesto que los idiomas no son vallas que separan las corrientes universales de la cultura». *Et sic de*

caeteris (p. 227).

Queda, todavía más, la comunidad de destino continental, que es del plano de los valores futuros ciertamente realizables. Vamos los americanos movidos por un élan común, que es anhelo de conquista espiritual, vamos todos en la misma expedición, en busca de nuestra personalidad colectiva. Vamos en jornada de guerra, en nueva lucha de independencia, sólo que ahora se trata de nuestra emancipación cultural, para que la política obtenga su razón de ser. Vamos a la caza de nuevas realizaciones de orden sintético; es como decir, al establecimiento de un orden de *E pluribus unum*, «un régimen de conciencia cuyo tipo, sin desvirtuar su entidad fundamental, puede admitir una complejidad de modulaciones distintas, al regir el orden de los elementos heterogé-

neos. Porque es el régimen de conciencia lo que define el tipo de cultura, no la afinidad de los elementos objetivos que la integran. Y el régimen de conciencia, como arquetipo estructural de toda objetividad, puede modificarse libremente en todas las condiciones de la realidad histórica, sin perder su identidad categorial». (p. 232).

Ciertamente, «vamos en marcha hacia una síntesis integrativa, al modo, acaso de una sinfonía, que no es motivo simple, sino sucesión y tejido de múltiples motivos, sosteniendo, en el equilibrio complejo del contrapunto, la unidad orgánica del estilo...»

Y al que escribe no le queda más que invitar al que esto vea a la lectura de este libro que es como cumbre en la procesión del pensamiento americano.

ALBERTO REMBAO.

Nueva York—abril de 1945.



¿Otra vez la Atlántida...?

por Carlos Samayoa Chinchilla

Los sondeos practicados últimamente en el océano Atlántico, en línea transversal entre el estrecho de Gibraltar y la ciudad de Nueva York, dan una extensión con relieves no superiores a cuarenta metros y una profundidad máxima de cinco mil novecientos cincuenta y dos metros, lo que viene a destruir, hasta cierto punto, la hipótesis generalmente aceptada de que en época remota existió un continente entre

Europa y América.

No son más favorables al mito atlántida los resultados obtenidos por la filología comparada, la etnografía y la arqueología; pudiéndose suponer, por lo consiguiente, que la Atlántida no es sino una bella e inquietante fábula, cuyos orígenes, en pocas palabras, son los siguientes: Platon, eminente filósofo que vivió entre los años de 428 y 347, antes de Jesucristo, tenía establecida en Ate-

nas una escuela filosófico-idealista, la cual era frecuentada por gentes acomodadas a quienes educaba en sus ideas políticas. Su «Georgias» y su «República» son clara manifestación de esta tendencia.

Crítias, cosmógrafo de época anterior, vuelto a la vida por Platón para el caso, al hablar del gobierno de Atenas, antes del hundimiento del continente perdido, dice en un diálogo que la Atlántida era una extensa isla, posiblemente mayor que Asia y Europa, y la ubica frente a las famosas Columnas de Hércules. Agrega que estaba dividida en diez comarcas y que gozaba de gran poder marítimo; mas todo induce a creer, según asegura el mismo Crítias, que tan extenso pueblo se pervertió y que los dioses, airados, la hundieron, la hundieron por medio de un terremoto que duró ocho días. Se tiene conocimiento cierto que los griegos conservaban noticias de sus luchas con los atlantes, y que el alto clero egipcio guardaba en sus anales el recuerdo de la existencia de la isla o continente en cuestión; sin embargo, es raro que los iberos, a esa tierra tan cercanos, no se hayan aprovechado de su cultura para mejorar sus condiciones de vida, y se hubiesen quedado estancados en una arquitectura primitiva, como es la de sus monumentos megalíticos.

¿Queda en la actualidad algún vestigio de tanta grandeza? Al decir de algunos investigadores que no quieren perder la ilusión de su existencia, los picachos de las Canarias son una prueba en favor de la teoría platoniana. ¿Pero hay en el mundo del espíritu algo que nos hable directamente de tan adelantada civilización? ¿Podría estar vinculado a la Atlántida el mito dorado de las Hespérides, en cuyas inmediaciones

Atlas sostenía los cielos sobre sus nervudos hombros de titán? ¿De dónde procede el apelativo de Atlántida? ¿De Atlante mismo? No. El estudio filológico de esta toponimia induce a pensar en sentido contrario.

Atlas deriva su nombre del griego «infatigable», es decir, de aquel que tiene fuerzas suficientes para llevar a cabo el trabajo que le ha sido encomendado, y sabiendo que para ese pueblo el firmamento era un casquete compacto, cuyos extremos descansaban sobre el espinazo de la cordillera africana —que hoy lleva su nombre—, y personificándola, según costumbre helena, crearon la fábula del gigante Atlante, nombre mitológico que también llevó Hércules. Mas la Atlántida ligada a ese mito, tan sólo porque el filósofo Platón se refiera a ella en uno de sus diálogos; no tiene nada que ver con la imaginación griega, aún cuando Homero, en el primer libro de la Odisea, diga que Atlante tuvo un hijo que habitó en compañía de Ulises en «una isla selvosa del océano».

Ni libros, ni consejas, ni cantos de la antigüedad se refieren a ella de manera precisa. El Rey Menelao visita Etiopía y la Libia, y estando tan próximo al supuesto continente, nada dice de él, y ni siquiera llama Atlántico al océano de su nombre, sino «río Océano». Asshurbanipal, monarca asirio que reinó 922 años antes de Jesucristo, fundó una gran biblioteca en su palacio de Koyunjik, en Ninive, de la cual se guardan o se guardaban en el Museo británico más de diez toneladas de tabletas de arcilla, en las que se reseñan infinidad de asuntos, empezando desde la creación, con noticias tomadas por sus escribas en Egipto y Caldea y, hasta hoy, nada se ha encontrado

respecto a la existencia o el hundimiento de la pretendida Atlántida.

Lo que al sabio Platón interesaba, probablemente, era demostrar a sus conciudadanos las desgracias que sobre ellos vendrían con el lujo, la corrupción de costumbres y las luchas intestinas que, fomentando la discordia, empobrecían a la patria y,

para lograr su objeto, sin duda no vaciló en recurrir a una fábula que más tarde la brillante imaginación de los griegos habría de trocar en algo que, según lo descubierto últimamente por la ciencia, es tan fantástico como el nacimiento de la Venus Afrogenia, la dulce diosa nacida de la amarga espuma.



Apuntes lingüísticos

El Pipilnahuat o Yaqui

por Jorge Lardé y Larín

El dictado de *nahuat* se aplica, genéricamente, a todas las lenguas y dialectos hablados por los pueblos de origen nahoas. Los principales idiomas nahuates son tres: el azteca o mexicano, el *pipil* o *yaqui* y el nicarrao o niquirano.

Con esta explicación se comprende que el pipil o yaqui es un término específico empleado para diferenciar una de las tantas lenguas nahuates. Así, la construcción *pipilnahuat* es afortunada, pues comprende el nombre genérico y específico del idioma hablado en El Salvador por los pueblos nahoas, los cuales esta-

ban establecidos en la faja austral de nuestro territorio, desde el río Paz hasta el río Lempa, aproximadamente.

El término *yaqui*, dado específicamente también al idioma *nahuat* de nuestros núcleos nahoas, obedece a que los mayas-quichés designaban a éstos con dicho nombre, que significaba «los sacrificadores» según el Popol Vuj, el Códice Cakchiquel y otros manuscritos mayenses.

Usamos la forma *pipilnahuat* y no la forma *nahuatpipil*, por estar aquella de acuerdo con las reglas de construcción indígena.

El sonido "tl"

El sonido *tl*, que dulcifica muchos vocablos aztecas, no existe en el náhuat de nuestros indios pipiles. Esta diferencia fundamental fué constatada por los misioneros castellanos del siglo XVI, quienes unánimemente están acordes sobre el particular.

Así, los mexicanos para decir

«agua» y «hombre», respectivamente dicen *afl* y *tlacafl*, de donde resulta el vocablo compuesto *aflacafl*, «el señor de las aguas», «el marino». En cambio de los pipiles o yaquis dicen *at* o *tagat*, vocablos simples de los que forman la palabra compuesta *atagat*, nombre del último cacique histórico que señoreó en el valle de

Zalcuatlán.

No existiendo el sonido *fl* en el pipilnáhuat, ¿por qué en ciertos toponímicos interviene el sonido aludido?

La explicación es muy sencilla. Con don Pedro de Alvarado venía un fuerte contingente de indios mexicanos. Además, durante el primer cuarto de siglo de la colonia (1524 — 1550), los peninsulares de ultramar trajeron del Anáhuat numerosos y considerables contingentes de indios aztecas. Estos indios auxiliares ayudaron primeramente a la conquista y pacificación de los pueblos todavía no sometidos a la corona de los Reyes de España y luego, como patrimonio de los encomenderos, trabajaron como esclavos y fundaron colonias sobre todo en la vecindad de regiones mineras o propias para la agricultura. El pueblo de «Los Mexicanos» o «Mexicapa», hoy caerío de Usulután en vías de extin-

ción, fué uno de los más fuertes núcleos de aztecas establecidos en nuestro país a raíz de la conquista y de la colonización castellana.

Ahora bien: estos mexicanos, en presencia de toponímicos constituidos de voces pertenecientes a un idioma muy afín al suyo, dulcificaron éstos con el sonido *fl*. Así, a *Cuzcatán* le llamaron *Cuzcatlán* y al cacique de esta ciudad *Atagat*, le llamaron *Aflacatl*.

Sólo en aquellas regiones donde no llegaron los aztecas, no se modificó la toponimia ni la lingüística con la intercalación del sonido *fl*. Así tenemos toponímicos genuinamente pipiles o yaquis (sin modificaciones fonéticas mexicanas), tales como *Tepetitán*, *Atitán*, *Amatitán*, etc.

La carencia del sonido *fl* en el pipilnáhuat es, pues, una de las diferencias de éste con el azteca o mexicano,

La "o" y la "u"

Tanto los aztecas como los pipiles en sus respectivos idiomas tenían la «o» y la «u»; pero en ambos idiomas es muy difícil de diferenciarlas. Así vemos que escritores indios de la conquista emplean, indistintamente, ambas vocales, por ejemplo en la palabra *toltéca* o *tultéca*.

En la Costa del Bálsamo los indios dicen *cujtan*, montaña, monte; en los Izalcos dicen *cojtan*. Aquéllos dicen *cutuza*, y éstos (de *cu*, *co*, apócope de *cujtan*, *cojtan*, monte, montaña; y *tuza*, rata, es decir, «rata de monte»).

Las consonantes "r" y "b"

Ni el azteca ni el pipil conocen las consonantes «r» y «b». Hasta la fecha, ningún vocablo genuinamente pipilnáhuat se ha hallado donde figuren dichas consonantes.

En relación con la primera, se ha traído a cuentas que don Próspero Aráuz, en su obra inédita «*Pipil de*

los Izalcos» trae una excepción a la regla, pues según ese expositor «viejo» se dice *shushet*. Sin embargo, conforme a los estudios de Lehman, Sapper, Aufhman, Lainez, etc., «viejo» se dice *hue* o *huehue*.

La «b» tampoco existe en el pipilnáhuat. Sin embargo, hay dos toponímicos en que figura *Jiboa* y *Tan-*

subnanchsilo.

Estas excepciones, sin embargo, no son propias del pipilnáhuat. No hay duda que los españoles defor-

maron muchas palabras yaquis y que su fonética exótica, obrando a través de más de cuato centurias, ha operado esas modificaciones.

El Sonido de "tz"

Nuestro pipilnáhuat cuenta con una consonante de sonido fuerte de la que carece el castellano. Me refiero al sonido *tz*, el cual también existe en el azteca y en el niquirano. Así lo han observado grandes filólogos europeos, entre los cuales Lehman, Aufman y Sapper son los más eminentes.

El sonido relacionado figura, por ejemplo, en la palabra *tzunzun-tecum*, cabeza. De ahí los yaquis han formado la palabra compuesta *tzunzapu'*, zapote grande o zapote cabeza.

Los españoles dijeron Zunzapote y ésta es la forma que ha llegado hasta nosotros.

En otros muchos vocablos figura este sonido, tales como *tzacuali*, montículo, túmulo, pirámide; *quetzal*, nombre de un ave que figura en el escudo de Guatemala; *tzutzuc* (que muchos escriben *Xuxuc*), tumba, vocablo este último que interviene, modificado ya por la fonética castellana, en la constitución del nombre de *Jujutla*.

Juayúa, 13, III, 1945.



Sentencias de Cicerón

El suplicio es la pena del pecado.

En los ancianos hay inteligencia, juicio y reflexión.

La justicia es la señora y reina de todas las virtudes.

Muchas veces hasta debajo de un sucio manto se encuentra la sabiduría.

Como el rostro es la imagen del alma, así los ojos la revelan.

Es difícil el cuidado de las cosas ajenas.

Arte difícil es regir rectamente una república.

La frente, los ojos, el semblante mienten muy a menudo, pero la palabra infinitas veces.

El más grande adorno de la amistad quita a ésta quien la despoja de la vergüenza.

Es propio de la necedad fijarse en los defectos ajenos y olvidarse de los suyos.

Es un gran consuelo estar libre de culpa.

La gloria sigue a la virtud como la sombra.

La razón y la palabra son el vínculo del género humano.

¿Cómo podemos concebir a Dios
sino sempiterno?

Nada puede ser oscuro para Dios.

Para Dios nada hay imposible.

Quien no se presta para ninguna
vileza debe ser tenido por libre.

Tal debe ser la cantidad de comi-
da y de bebida, que las fuerzas se
reparen, no se opriman.

Esté muy lejos la ira, con la que
nada puede hacerse derechamente,
nada con reflexión.

Es provechoso que haya muchos
acusadores en la ciudad, para que
por el miedo se contenga la audacia.

Si la tierra te parece pequeña,
como es, vuelve tus ojos siempre a
las cosas celestiales, desprecia las
humanas.



EL CABALLO, EL BUEY, EL PERRO Y EL HOMBRE

(Fábula de Esopo)

Cuando Zeus creó al Hombre sólo le concedió una corta existencia. Pero el Hombre, poniendo a contribución su inteligencia, cuando llegó el invierno se construyó una casa y en ella se albergó. Sucedió que un día en que el frío se hizo muy violento y la lluvia comenzó a caer, el Caballo, que no podía resistir más, vino corriendo a casa del Hombre y le pidió que le diera abrigo. El Hombre entonces le declaró que no lo haría sino mediante una condición: la de que el Caballo le diese una parte de los años que le habían concedido, y el Caballo le hizo voluntariamente esta concesión. Poco después se presentó el Buey, que tampoco podía soportar el mal tiempo. El Hombre le dijo igualmente que no le concedía si no le daba

cierto número de sus propios años, y el Buey le cedió una parte de ellos, y fué admitido. Por último, el Perro, que también se moría de frío, llegó a casa del Hombre, y cediendo una parte del tiempo que le correspondía vivir, obtuvo también su techo. Y he aquí el resultado de todo esto: Mientras los hombres cumplen el tiempo de vida que les ha dado Zeus, son puros y buenos; cuando llegan a los años que le cedió el Caballo, son gloriosos y altivos; cuando entran en los que le corresponden al Buey, son aptos para ordenar y dirigir; pero cuando acaban su existencia con los años del Perro, son irascibles y gruñones.

*Podría aplicarse esta fábula a un
viejo colérico y taciturno.*

Información

El Busto al General Cañas

El diez de junio y con la solemnidad que merecen estos actos de reconocimiento público, se inauguró en la esquina Suroeste del parque Dueñas el busto al poeta y militar don Juan José Cañas, autor de la letra del Himno Nacional.

El acto estuvo regido por un programa. El doctor César Virgilio Miranda llevó la palabra oficial y la Banda de los Supremos Poderes amenizó el homenaje en el que estuvieron presentes las altas autoridades del Estado, el Jefe de la Comuna y los Miembros de la Academia Salvadoreña de la Historia y de la Lengua, correspondiente de la Española.

El tributo hecho a la memoria de quien prestigió con las armas y las letras a El Salvador, indica que los merecimientos se reconocen algún día y que por algo el hombre que ha servido a su país en forma elevada, recibirá alguna vez el tributo que merece.

Un Miembro Correspondiente que Llega a El Salvador

Don Enrique D. Tobar y R., actual Ministro del Perú en El Salvador, es un antiguo Miembro Correspondiente del ATENE O DE EL SALVADOR.

El señor Tobar y R. es un intelectual de prosapia. Dedicado a la historia, su nombre calza publicaciones que han merecido loa en distintos lugares de América.

Conforme disposición de Estatuto

y Reglamento del ATENE O, el antiguo Miembro Correspondiente pasa a ser Miembro Activo toda vez que él así lo desee, al llegar a vivir en tierra salvadoreña.

Por nuestra parte es satisfactorio presentarle al distinguido hombre de letras, don Enrique D. Tobar y R., Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Perú en El Salvador, un atento saludo y deseos por que obtenga el mejor de sus éxitos en el país.

Don Mariano Barreto Portocarrero en El Salvador

De Nicaragua, también con el alto rango de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de su país, llegó a El Salvador el señor don Mariano Barreto P., intelectual recio, hombre de acción, de batallas ganadas en el campo del periodismo y digno hijo de aquel eminente filólogo, erudito y sabio licenciado Mariano Barreto.

Al llegar a este país, en donde tiene amistades, ha sido acogido con el antiguo cariño y la estimación que él se tiene ganados.

EL ATENE O DE EL SALVADOR, en esta forma quiere darle su saludo de bienvenida. Y, tal como lo exponemos al referirnos al Ministro del Perú, señor Tobar y R., así el señor Barreto P. tornaráse en Miembro Activo al vivir en este país.

Van para él nuestros anhelos de que en el desempeño de sus atribuciones diplomáticas logre llenar con brillantez su cometido.